RAFAEL RIERA

Calor cordial

NOVELA DRAMATICA

RAFAEL RIERA

CALOR CORDIAL

Drama en tres actos

MADRID
IMPRENTA DE MARIO ANGUIANO
Calle de la Bola, 8.
1923

Al Excmo. Sr. D. José María Navia Osorio
Marqués de Santa Cruz de Marcenado.
Cuyo corazón irradia una ejecutoria de nobleza.

Estas páginas fueron escritas hace siete años, y forzado por ineludibles deberes, estuve desde entonces entregado a afanes de otra índole.

Tales deberes ya no son tan apremiantes y absorbentes, y puedo prestar alguna tranquila atención a mis aficiones literarias.

He revisado, pues, estas páginas, como si yo fuese extraño a ellas, dado el tiempo que llevan escritas y el forzado abandono en que las tuve.

Y salvando las consiguientes correcciones de forma, he de decir francamente, siquiera peque de pueril, que me han gustado...

Hoy, como ayer, pienso que es conveniente dejar algunos giros, construcciones y formas del bable, que no dificultando la comprensión de quien sea ajeno a nuestra región, dan al fruto de mi pobre ingenio expresión más adecuada y sabor de la tierra en que nace y se desarrolla. En realidad, del dialecto asturiano, respecto a este orden de cosas, casi se puede decir que sólo queda eso en nuestras aldeas.

Pero ahora resulta que, habiendo dejado correr la pluma espontáneamente, no sé si he acertado con la técnica teatral o adaptación escénica con-

forme a las exigencias del vulgo. Sin embargo, no me atrevo siquiera a pretender acercarme en solicitud de fallo y de protección a nadie de los que en el teatro ordenan y mandan, ya que andan por el mundo anécdotas de burlas caídas sobre dramaturgos en agraz, que no se avienen con mi carácter y temperamento. También huyo así de la coyuntura de dar en tentación sobre arreglos y combinaciones que la conciencia artística repele, a pesar—o por eso mismo—del amargo sometimiento que entrañan las palabras de Lope de Vega acerca del vulgo necio.

De aquí que me decida a publicar estas páginas antes de hacerlas oir desde la escena, cuyo alto honor creo que no lograrán jamás.

Bien es verdad que, en este caso, me quedará el consuelo de considerar que obras celebradas en la escena, son lanzadas lejos cuando se intenta su lectura; de modo que yo, en mi ilusión pueril, podré suponer de mi drama que, si no le es asequible el teatro, consigue, en cambio, la atención y complacencia de los lectores.

Gijón, 1923.

PERSONAJES

BALBINA	34 años.
CARMINA	22 íd.
ANGEL	50 íd.
ISIDRO	70 íd.
JULIÁN	38 íd.
DON MANUEL	68 id.
DON RODRIGO	45 íd.
LUIS	20 íd.

En una aldea asturiana, de donde ha desaparecido el traje típico del país.

ACTO PRIMERO

Sala en casa de labradores hacendados. Fondo: paisaje. Foro: derecha, puerta; izquierda, ventana; ambas dan a un corredor y están abiertas; entre las dos, un arca antigua. Lateral izquierda, primer término, puerta de entrada; segundo término, lo mismo que a ambos términos del lateral derecha, puertas de sendos dormitorios...

ESCENA PRIMERA

ISIDRO, JULIAN y BALBINA

ISIDRO

(Espaciando por intervalos las palabras con largas chupadas a un cigarrillo.) Pues llegué a la fonda, y pasáronme a una sala muy grande y muy maja, llena de mesas donde comían muchos señorones. Allí estaba Angel, y en cuanto me vió, levantóse y corrió a mí con los brazos abiertos y diciendo: «¡Padre, padre!» Abrazámonos, y él talmente parecía que no quería desprendese de mí.

JULIÁN

Sí que estuvo cariñoso el mi hermano.

ISIDRO

¿Por qué no iba a estalo, como yo?... Pero lo peor fué que se empeñó en que yo había de comer

con él y con dos amigos que tenía allí. ¡Madre del alma! Yo sentía que la fame me roía el estómago, eso sí; mas tan pronto vi que tenía que matala delante de tanto mirón y haciendo dengues y remilgos, murióse ella sola del susto.

JULIÁN

¡Recontra! El aprieto era de los más gordos.

ISIDRO

Sería pa ti, pues yo supe librame guapamente de él, que pa algo ha de servime la poca luz que Dios me puso en la cabeza y la ligereza que dió a la mi lengua. Camarón que se duerme, la corriente se lo lleva, Julián.

JULIÁN

¿Y qué hizo usté?

ISIDRO

Pues un rosario de disculpas, y allí quedé hablando con Angel y los dos amigos mientras ellos comían. *(Con aire de misterio.)* Por cierto...

JULIÁN

¿Qué?

ISIDRO

Que Angel debe estar más rico de lo que yo pensaba, si he dar crédito a lo que hablaron ellos allí. Más de un millón de pesos debe tener. Sabrosa tajada, ¿eh?

BALBINA

Bueno; ¿y cómo anda de salú el mi cuñao?

ISIDRO

Tú ya lo viste haz dos años, cuando vino de

Cuba, pa marchar a los tres meses a ver no sé qué tierras de por ahí lejos, de donde vuelve ahora.

BALBINA

Sí, vilo.

ISIDRO

Pues con tener bien mala cara entonces, ahora tiénla peor.

BALBINA

¡Probín!

ISIDRO

¡Y había que velo comer!

JULIÁN

No; si a veces engañan las apariencias.

ISIDRO

Vaya, hombre, tú has de echar siempre las vacas por otra vereda.

BALBINA

Y usté, tío, no desperdicia ocasión pa pinchalo.

ISIDRO

No es por ahí, Julián; sino que comía como un pajarín: pica aquí, pica allí, y total, nada. Pero lo que más me chocó fué que Angel decía que con la emoción de estar en la su Asturias querida y no sé qué de los nervios, vamos, con la alegría de vese a la puerta de casa, habíansele despertao las ganas de comer.

BALBINA

Eso quier decir que vendrá a vivir con nosotros.

ISIDRO

Sí, mujer, y hoy mismo; de modo que ahora no daréis vosotros sustos a uno y la gente no tendrá de qué murmurar.

BALBINA

¿Cómo diz usté eso?

ISIDRO

Porque cuando Angel vino de Cuba, y nada más que se llegaba a dar una vuelta hasta aquí, decía la gente que obraba así porque era un señor muy alto pa vivir en una casa muy baja como ésta, sin pensar que por bajo que fuera él, siempre tendría la puerta libre.

BALBINA

Pero nosotros no hicimos más que sufrir con semejantes habladurías.

ISIDRO

¿No fué entonces cuando empezásteis a decir que Angel andaría buscando moza pa casase?

JULIÁN

¡Claro! Los años no le faltaban, pues ahora debe andar por los cincuenta; una docena me lleva a mí.

ISIDRO

Cierto; pero sobrábanle, y si por ese lao tenía de más, teníalo de menos en salú; de manera que todo estaba en contra.

BALBINA

Es que usté mira las cosas como le paez.

ISIDRO

No; sino como hay que miralas; pero figúraseme que vosotros gozáis dando sustos a uno.

BALBINA

Vuelta a lo mismo, y todavía no dijo por qué habla así.

ISIDRO

¡Toma! Pues estaría guapo que llegase a última hora una lagartona a llamber los cuartos de Angel.

BALBINA

Si era gusto de él...

ISIDRO

Pero no podía ser el mío ni el vuestro tampoco.

BALBINA

Pues a mí siempre me tuvo sin cuidao.

JULIÁN

Y a mí.

BALBINA

Como que yo siempre pensé que eso era lo que tenía que hacer.

JULIÁN

¡Claro!

ISIDRO

¡Ah! Bien se conoz que vosotros no vos vistéis en los pilancos que yo me ví, cuándo pinchao por el administrador de la casería pa que fuese a pagar la renta, cuándo amenazao por el de la contribución... Vosotros empezásteis a vivir cuando Angel ya comenzaba a mandar algunos miles de reales, que hacían el camín más llano; de no ser así, ni en el pensamiento quisiérais ver que vos faltase la ayuda de Angel, que eso sería el casase, porque ya sabéis que a veces, cuando más despejao está el

cielo, cúbrese de pronto y empieza a tronar... Además, que con casase nada iría ganando.

BALB'NA

Bueno; si ha de venir hoy Angel, tendré que ir preparándolo todo: la cena, el cuarto, la cama...

ISIDRO

Eso mismo; que todo lo encuentre bien, pues no sé qué quise entendele de si deseaba no volver a salir de aquí... Y ahora, Julián, vámonos a sallar el maíz de la «Fontica».

JULIÁN

Como usté mande, padre.

BALBINA

¿Y si vien Angel y no los encuentra en casa?

ISIDRO

De seguro que no se muere del susto, y el maíz puede que se malograse si no acudimos a tiempo con él.

JULIÁN

(Tímidamente.) Pero por si acaso, no estaría de más que usté se quedase.

ISIDRO

(Con marcada ironía.) ¡Claro!, ¡y así iría Balbina contigo!

JULIÁN

Vaya, padre, usté siempre dándome con la matadura. No sé por qué lleva tan a mal que yo no quiera que Balbina se dea al penoso trabajo de la tierra, cuando ella tien bastante que hacer en casa...

ISIDRO

(Irónico.) ¿Acabaste ya?

JULIÁN

No; no quiero que venga ella conmigo, pues si lo mando a usté quedase, y sintiéndolo mucho por no poder abrazar al mi hermano en cuanto llegue, es porque yo estoy dispuesto a no volver hasta que acabe la tarea de los dos.

ISIDRO

No te acalores, hombre. ¡Carape, y cómo te explicas en cuanto piensas que te la tocan! Pues estás equivocao; yo no la quiero mal, sino bien, como ella sabe; ¿verdá, Balbina?

BALBINA

¡Qué cosas tien, tío!

ISIDRO

Tampoco te quiero mal a tí, y por eso voy a ayudate. ¡Andando, Julián! *(Lo empuja suavemente hacia la puerta. Desde ésta dirige la palabra a Balbina.)* Ya sabes: si vien Angel, dícesle que teníamos que ir sin falta a sallar maíz; pero que no tardaremos en volver. *(Vánse los dos hombres.)*

ESCENA II

BALBINA y CARMINA; *después,* LUIS.

CARMINA

Mi ama, en la corrada está un rapaz que diz que el año pasao estuvo aquí de marruco, y al saber que

acababan de marchar los amos, dijo que entonces quería vela a usté.

BALBINA

Mándalo subir.

(Sale la criada, que al poco tiempo vuelve a entrar seguida de uno de esos jornaleros llamados «marrucos».)

LUIS

Buenas tardes.

BALBINA

Buenas nos las dé Dios, Luis. Tú dirás lo que quiés.

LUIS

Pues es el caso que ayer, domingo, fuí a la Villa a sentame en el muro de detrás del Hespital.

BALBINA

Ya sé; es donde estáis los marrucos esperando que vayan a ajustavos.

LUIS

Justo; por no tener nada que vender, vendémonos nosotros.

BALBINA

Y paez que el vevos allí dá dolor.

LUIS

Pero lo más doloroso es que no logre uno vendese.

CARMINA

Es verdá.

LUIS

Y eso es lo que me pasó ayer a mí. ¡Qué mala sombra! Uno detrás de otro fueron ajustándose los

mis compañeros, éste por seis riales al día y mantenío, el otro por cinco y la barriga llena, según la suerte de cada uno. Hasta las rapazas lograron asegurar las fabes y el jornal de la semana.

CARMINA

Vamos, que nada más quedaste tú.

LUIS

Yo y algunos de los que por haber regao con mucho sudor los terrones, ya les queda poco que dar, y el sallar maíz pide mucho. Que eso les pase a ellos, puede tener su razón; pero que me pase a mí, nadie dirá que no hay pa renegar de mi mala sombra.

BALBINA

(Con dulce sonrisa.) Pero aquí no habrás venío a renegar.

LUIS

Justo. Aquí vine porque no era cosa de volver pa mi casa. ¡Recontra! Ahora estamos en el tiempo de ganalo, y pa descansar y engañar el estómago es bastante largo el invierno.

CARMINA

Tienes razón.

LUIS

¡Ay, si no fuéramos tantos hermanos y tan probe la hacienda y tan grande la renta!

CARMINA

De ese palo tengo yo una gaita.

LUIS

Pero tú lograste entrar a servir en buena casa.

BALBINA

Y yo no logré todavía saber lo que quiés.

LUIS

Pues viéndome sin ajuste fuí a ofreceme a algunas casas, pero como si no; de modo que gracias a la caridá de un buen hombre pude cenar esta noche y dormir entre la yerba de una tenada.

BALBINA

Ya ves cómo la mala sombra no te persigue tanto.

LUIS

¿Es que puede haber mayor desgracia que vivir de caridá cuando se tienen veinte años y unos brazos fuertes como el roble y unos riñones que no se quejan más que estea encorvao todo el día? ¡Si me dan ganas de no respetar nada!

BALBINA

¿Ni la honra, que es la riqueza del probe?

LUIS

Pero no se come con ella.

CARMINA

También me paez eso a mí.

BALBINA

Acaba, rapaz, que tengo mucho que hacer.

LUIS

Pues, nada, sino que pensé en esta casa donde tan bien me trataron el año pasao.

BALBINA

Entonces trajéronte porque Julián estaba algo malo.

LUIS

Justo.

BALBINA

Y ahora no debes hacer falta, porque mi suegro, con setenta años encima, no quier que ni el más mozo le dea con la fesoria en los calcaños.

LUIS

¡Qué mala sombra!

BALBINA

Por más que puedes volver después, ya que como hoy llega el mi cuñao, tal vez el viejo te ajuste.

LUIS

Pero el caso es que no comí nada desde que por la mañana engañé el cuerpo con un garito de pan.

BALBINA

¿Sobró algo de comida, Carmina?

CARMINA

Toda la zampó el viejo en cuanto llegó de la Villa.

BALBINA

Entonces busca algo que dar a este rapaz.

LUIS

Dios se lo pagará. Usté sigue siendo tan buena como el año pasao.

CARMINA

Justo, y eso sí que no será por tu mala sombra. *(Vánse Carmina y Luis.)*

ESCENA III

BALBINA, DON RODRIGO y DON MANUEL

DON RODRIGO

(Bonete. Sotana.) A la paz de Dios, Balbina.

BALBINA

Con Él llegue, señor cura.

DON MANUEL

¡Hola, Balbina!

BALBINA

Buenas tardes, señor maestro.

DON RODRIGO

Suponemos que ya habrá vuelto el indiano.

BALBINA

Sí, señor; está en la Villa, y por lo visto no trae mucha salú.

DON RODRIGO

¡Vaya por Dios!

DON MANUEL

Sí que es doloroso... ¿Y cuándo vendrá a visitarnos?

BALBINA

Hoy mismo, y aquí se quedará a vivir.

DON MANUEL

¡Carape! ¡Qué alegría tan grande tener a Gelín a nuestra vera!

DON RODRIGO

Será un capricho pasajero.

DON MANUEL

Me siento a esperarlo, pues me da el corazón que vendrá después de tomar café, y quiero abrazarlo cuanto antes. ¿Se queda usted también, don Rodrigo?

DON RODRIGO

No tengo otra cosa que hacer.

BALBINA

Entonces perdonen que los deje solos, pues con la venida de Angel tengo mucho que trajinar.

DON MANUEL

Está bien; ya sabes que somos de confianza. *(Sale Balbina.)*

ESCENA IV

DON RODRIGO y DON MANUEL

DON RODRIGO

Ya lo oyó usted: parece que nuestro indiano, a pesar de sus millones, vuelve peor de salud.

DON MANUEL

Sí; pero si por un lado me extraña, por otro, no, ya que Gelín ha tenido en el trabajo un desgaste grande de energías, hallándose ahora bajando la consabida cuesta.

DON RODRIGO

Otros han trabajado y trabajan más que él, y, sin embargo, disfrutan de mejor salud.

DON MANUEL

Dudo que eso sea verdad, pues me consta que Gelín ha sido siempre austero en exceso, y se ha elevado por su propio esfuerzo a gran altura desde la nada.

DON RODRIGO

Tenga en cuenta que la suerte va ciega por el mundo y se entrega a quien menos se piensa, quizás al que Dios quiere poner a prueba de tal modo.

DON MANUEL

La suerte no se entrega, sino que se aprisiona, y una vez cogida, hay que saber aprovecharse de ella. Así, pues, éste habrá sido el mérito de Gelín, en todo caso. Usted no lo ha visto, como yo, partir para América. Era un niño de quince años. Llevaba en una maleta de cartón algunas mudas de ropa interior y un traje de paño ordinario; en los bolsillos, como un centenar de pesetas y una de esas cartas de recomendación que sirven a lo sumo para que durante unos días no dejen al portador morirse de hambre; en la cabeza, un millón de ilusiones y la miseria de instrucción elemental que yo le dí. De suerte que su porvenir tenía que sacarlo de sí mismo, al modo que el gusano saca la seda de sus propias entrañas.

DON RODRIGO

Mucho cariño le tiene usted.

DON MANUEL

Y conozco la historia de Gelín en América. Sé que al principio de su vida en Cuba, después de

la ruda y larga labor material, y robando horas al sueño, ejercitaba su letra y aprendía nociones mercantiles, solo, empleando, por consiguiente, triple esfuerzo del que sería menester... Y pasó a la carpeta, es decir, a oficinista... Y luego, con sus ahorros, comenzó a traficar en la compra-venta de tabaco...

DON RODRIGO

(Con eclesiástica ironía.) Y ahora viene aquello de su golpe genial al prever el fin de la guerra hispano-yanke, visión profética que le llevó a emplear todo su dinero y algo más en la adquisición de tabaco a muy bajo precio, logrando multiplicar su capital al acabarse la guerra poco después.

DON MANUEL

Así fué, en efecto; y de ahí data la adquisición del ingenio que, al quebrantarse su salud, vendió en una crecida suma, regresando triunfador a la tierrina.

DON RODRIRO

Pues su aire era de vencido.

DON MANUEL

Físicamente, eso parecía.

DON RODRIGO

Y también espiritualmente.

DON MANUEL

Ignoro a qué se refiere usted. Pero en lo poco que hablé con él pude notar que se trataba de un espíritu muy cultivado—cosa rara en este linaje de hombres—, aunque propendía acentuadamente al pesimismo, obra esto, sin duda, de su enfermedad.

DON RODRIGO

Pues a mí me dió un olorcillo a volterianismo. Ya ve usted: no entró ni una sola vez en la iglesia, nada dió para honrar al Supremo Hacedor.

DON MANUEL

Según, porque me consta que socorrió espléndida y calladamente a muchos pobres.

DON RODRIGO

Repito que le tiene usted mucho cariño.

DON MANUEL

Ahora no hago más que juzgarlo sin prejuicios de ningún género.

DON RODRIGO

Sin embargo, suele usted errar en sus fallos o pronósticos. Recuerde que quiso justificar la ausencia del indiano del hogar paterno a su regreso de Cuba, diciendo que seguramente andaba en busca de compañera.

DON MANUEL

Aparte de otras razones, así cabía pensarlo teniendo en cuenta algunas palabras sueltas que le oí.

DON RODRIGO

Recuerde asimismo que usted confiaba en la virtud curativa de su viaje por Europa.

DON MANUEL

Porque creía que padecía de neurastenia, y veía en la distracción un arma para combatirla eficazmente.

DON RODRIGO

Sea lo que fuere, ello es que erró.

DON MANUEL

Pues qué, ¿no yerran los hombres más sabios? ¿Cómo, pues, no iba a dar en el error este humilde maestro de escuela?

DON RODRIGO

Es verdad. Sólo Dios no se equivoca, y ¡ay del que aparta los ojos de Él!

ESCENA V

DICHOS y BALBINA

BALBINA

Voy a haceles el chocolate, pa que no les paezca tan larga la espera.

DON RODRIGO

¡Pero, Balbina, si todavía tenemos la comida en la boca! Lo mejor es que volvamos después por aquí, pues bien puede D. Angel tener que despachar algunos asuntos en la Villa.

DON MANUEL

Sí, puede ser; de modo que iré a dar un vistazo a la escuela, ya que tengo miedo de que se le insubordine la tropa a mi nieto, por falta de bigote; pero al momento me planto aquí. *(Salen los dos hombres.)*

BALBINA

Ahora falta saber qué cuarto quedrá Angel. *(Señalando una de las puertas.)* Aquí, donde duerme mi tío, sí que estaría bien, con una ventana al

camín y otra a la pomarada; pero ya lo dirá él cuando venga, y ahora iré preparando la ropa. (*Abre el arca y mueve la ropa que hay en su interior, como buscando. Así se encuentra cuando entra Angel.*)

ESCENA VI

BALBINA y ANGEL

ANGEL

(*Viste sin ostentación. Terno de lanilla, de corte elegante. Canotier. Botas negras de tafilete. Cruza su pecho con una delgada cadena de oro, cuyos extremos se ocultan en los bolsillos superiores del chaleco. Sencilla botonadura de oro. No se le ven más alhajas. El pelo, cano. El rostro, afeitado, pálido y arrugado. La mirada, mortecina. Se apoya en un modesto bastón. Parece que quiere vencer la laxitud de su cuerpo con un esfuerzo de la voluntad.*) Vaya, vaya; observo complacido que sigues tan hacendosa.

BALBINA

(*Poniéndose en pie y de cara a su interlocutor, pero con extremada timidez.*) ¡Ay, Angel!... ¿Cómo está?

ANGEL

Acércate, mujer; dame siquiera la mano.

BALBINA

(*Avanza hacia él y le tiende la mano, sin dejar su timidez.*) ¿Cómo está?

ANGEL

Bastante mal.

BALBINA

Serán figuraciones suyas, pues paez que lo encuentro mejor que cuando marchó.

ANGEL

Gracias por tu buena intención... Ya sé que por aquí no ocurre novedad.

BALBINA

Sí; todos estamos bien.

ANGEL

¿Y dónde andan mi padre, mi hermano y mis sobrinos?

BALBINA

Los neños, unos están en la escuela y otros andan por ahí corriendo; mi tío y Julián fueron a sallar maiz, pues teníanlo bastante abandonao por causa del mal tiempo; pero pronto vendrán.

ANGEL

¡Bah! Cosas de mi padre... Y tú, Balbina, ya te habrás enterado de que deseo vivir con vosotros.

BALBINA

Eso nos dijo mi tío.

ANGEL

(Con sonrisa triste.) Y lo que vosotros habréis dicho: «Menuda pejiguera nos cae encima». Sobre todo, tú.

BALBINA

Paezme que no tien usté motivos pa decir eso.

ANGEL

Es que necesito quien atienda mis males, lo que es bastante difícil.

BALBINA

Si ello va por mí, y por más que no valgo nada, hago por portame lo mejor que puedo.

ANGEL

¿Aceptas entonces el ser mi enfermera?

BALBINA

Ni siquiera hay que preguntalo.

ANGEL

Pues celebro el hallazgo... *(Reparando en el arca abierta.)* Y de seguro que ya estabas eligiendo la ropa para mi cama.

BALBINA

Es verdá; pero no sé qué cuarto quedrá usté.

ANGEL

Quiero estar arriba, lejos del trajín, por si deseo y puedo dormir de día.

BALBINA

Pero es lo más malo de la casa.

ANGEL

Lo mismo dá; para mí puede ser un palacio oriental... *(Acercándose al arca, hasta ver su interior.)* Así, ropa que huela a manzanas y a membrillos, ropa que me recuerde la felicidad de mi niñez, que me infunda la ilusión, aunque sea momentánea, de que vivo al cuidado de mi pobre madre... *(Exaltándose.)* ¡Madre, madre!... ¡Contigo sí que sería feliz!.. Pobre o rico, lozano o caduco, tú, como todas las madres, me acogerías sin reservas ni condiciones, y yo me entregaría a ti sin temor...

BALBINA

(Emocionada.) No se ponga así, Angel, que aquí nada le ha de faltar.

ANGEL

(Mirándola a los ojos, que ella baja.) Parece que en tus ojos brilla para mí la bondad, como el sol para el pobre un día de invierno. Se me figura que vas a ser muy buena para mi.

BALBINA

(Sin levantar la vista.) Ya le dije que he de hacer lo que pueda.

ANGEL

Gracias... Pero sigue en tu labor... *(Balbina le obedece. Angel la contempla unos momentos, y después en la puerta del corredor, tiende su mirada sobre el paisaje y habla como consigo mismo.)* ¡Oh!... Todo muy bello... Todo muy pacífico... Las colinas... El valle... Sólo estas densas nubes plomizas parecen pesar sobre mi corazón. *(Entra don Manuel.)*

ESCENA VII

BALBINA, ANGEL y DON MANUEL

DON MANUEL

(Entra con los brazos abiertos, dando muestras de infantil regocijo.) ¡Gelín, Gelín!

ANGEL

¡Don Manuel!

DON MANUEL

¿Qué tal va ese valor?

ANGEL

Aún vivo... Y usted, ¿cómo está?

DON MANUEL

Contento con mi suerte.
(*Sale Balbina, portando unas piezas de ropa.*)

ANGEL

¿Hasta con aquellos numerosos diablillos en forma de discípulos?

DON MANUEL

Ellos son una de mis mayores satisfacciones, a juzgar por la que ahora experimento ante ti.

ANGEL

¡Oh! Gracias, mi querido maestro.

DON MANUEL

Supongo que habrás visto maravillas por esos mundos de Dios.

ANGEL

Sí; pero que para mí no lo fueron tanto que lograsen levantar de mi alma la amargura.

DON MANUEL

Me causas con tus palabras una pena muy grande, porque te considero un triunfador, que debe mostrarse alegre y orgulloso de su éxito.

ANGEL

Pues no soy más que un vencido, por haber visto la vida bajo un solo aspecto y por haberme percatado de mi error cuando la rectificación no era posible.

DON MANUEL

Sí; el hombre es un átomo en el concierto universal, pero no basta un mundo a satisfacer todas sus ansias...

ANGEL

Sin embargo...

DON MANUEL

No te precipites, hombre... Pero si no existe la felicidad absoluta, existe la felicidad relativa; de modo que el triunfo y el acierto están en conquistar esa felicidad y en adaptarse a ella, sin que yo quiera decir que se ponga un límite a la aspiración humana.

ANGEL

Esa felicidad es la que yo no he conseguido.

DON MANUEL

Observa, no obstante, que la felicidad no puede existir cuando la miseria aprieta, ya que por encima de todo está el instinto de conservación; mas tú no te hallas en este caso, teniendo, por consiguiente, mucho adelantado para ser feliz.

ANGEL

Y ahí de mi triunfo. Así es, en realidad. Yo, cuando salí de aquí, llevaba un ideal: la conquista del oro...

DON MANUEL

Es el ideal campesino, engendrado por la necesidad y el acoso y transmitido de padres a hijos.

ANGEL

Cierto... «¡Oro, oro!», decía en mi interior una voz, como si se tratase del elemento necesario para construir un pedestal desde el que yo alcan-

zaría el cielo; de suerte que en su conquista empleé mis mejores años, gasté mis energías y quebranté mi salud... ¡Y hoy tengo oro en abundancia!... ¡El ideal se ha realizado!... Pero el cielo se me muestra más alto que nunca.

DON MANUEL

Tú dirás el motivo.

ANGEL

Es que me falta la dulce compañera que me sirva de apoyo, los hijos en que con ella me vea renovado, el hogar, en fin, que da un sentido profundo y eterno a la vida; todo lo que yo olvidé o no sentí por la conquista del oro y sin lo cual no puede haber felicidad. ¿Para qué, pues, mi dinero, si no me sirve para lograr eso que está al alcance del hombre más humilde? ¿Para qué, si no es para continuar mi vida legándolo a mis hijos?. . ¡Oh! Mi vida ha carecido de sentido, ha sido un absurdo... Mi vida es una vida frustrada.

DON MANUEL

Pero aún puedes lograr todo eso que echas de menos.

ANGEL

Ya es tarde... Ya era tarde cuando advertí, a los cuarenta y ocho años, el error en que me hallaba. Lo advertí al sentirme enfermo del estómago y de los nervios, helado en aquel vacío, frente aquellas gentes mercenarias que me servían, frías, autómatas, atentas sólo al salario, pero que me abandonaban en mis agrios paréntesis, que ellas mismas provocaban... ¡Oh! Aún recuerdo que en cierta ocasión rompí una botella en la cabeza de un criado.

DON MANUEL

Querrás decir que rompiste la cabeza de un criado con una botella.

ANGEL

Usted no olvida su papel de maestro; pero ya sabe que hay cabezas irrompibles, de pedernal.

DON MANUEL

Bromas aparte, querido; no sé por qué creo que has hecho una mala acción.

ANGEL

¡Ah! Le había soportado mucho tiempo; mas llegó, al fin, el momento de castigar su falta de corazón, de humanidad; es decir, me cansé de oir su voz inexpresiva como un eco, su voz que parecía de una estatua de mármol.

DON MANUEL

¡Vaya por Dios!

ANGEL

Ya es tarde... El simplismo podrá hacernos más llana la vida; pero tarde o temprano, la vida nos abruma con su realidad, hallándonos muchas veces imposibilitados para darle cara y reducirla. Hay un momento peligroso para el hombre que, por reflexión o por instinto, no se ha creado una familia y fundado un hogar...

DON MANUEL

¿Cuál es?

ANGEL

Aquel en que su cabeza se va tornando cana, y ay de ese hombre si no quiere o no sabe aprovechar tal momento! Porque bajo las nevadas cumbres, podrá latir el volcán; mas como no sea de

frío, el corazón juvenil no se extremece ante la visión de la nieve.

DON MANUEL

Es que te invade el pesimismo.

ANGEL

Hubo veces en que no quería resignarme a ver frustrada mi vida; sólo que llegué al convencimiento de que si yo, viejo y achacoso, conseguía poner relámpagos en los ojos femeninos, sería por obra de mi oro. Sí; cariño, fidelidad; pero ¿sería lógico pensar que fuesen sinceros? ¿Y cuál no sería mi amargura al ver sujeta a mi vida una mujer que suspiraba por otro hombre, real o imaginario?

DON MANUEL

Advierto que tienes un concepto sensualista del amor... a pesar de tu espiritualismo.

ANGEL

No; creo que sensualismo y espiritualismo se complementan. Fíjese usted en que suele decirse: «Esa mujer es simpática; pero ¡es tan fea!», o al contrario. De mí acaso dijeran: «Es un hombre cariñoso; pero ¡es tan viejo y está tan delicado!» De suerte que sin uno de aquellos dos elementos el amor cojea. Reconozco, no obstante, que las mujeres suelen decir en su fuero interno: «Es un real mozo y ¡es tan bruto!» Y en este caso también puede haber equilibrio en el amor, porque si el uno es bruto, la otra es estúpida.

DON MANUEL

Y tú eres terriblemente ingenioso... Pero, en todo caso, siempre tendrás el hogar de tu hermano.

ANGEL

El hogar de mi hermano es el mal menor, y a él me acojo por si hallo algo del calor cordial de que precisa mi alma. Usted lo ha dicho: «El hogar de tu hermano»; esto es, el hogar de otro; no el mío. ¡Oh!, ¡si todavía viviese mi madre!

DON MANUEL

Pero vive tu padre.

ANGEL

Es diferente: baste decir que de mi madre conservo el recuerdo de sus manos blandas en la caricia, mientras que de mi padre recuerdo sus manos duras en el castigo.

DON MANUEL

Movidas, sin embargo, unas y otras por el resorte del cariño.

ANGEL

No he querido ponerlo en duda.

DON MANUEL

Mas lo cierto es que, al verte tapar todas las salidas, creyérase que eres un hombre contento de su suerte y orgulloso de ella.

ANGEL

(Con reproche cariñoso.) Por lo visto, quiere usted decir que presumo de desgraciado; esto es, ya salió la neurastenia, la vanidad del mal, la autosugestión; pero yo creía que eso era monopolio de los médicos, que, a mi ver, suplen la falta de ciencia con el exceso de perspicacia.

DON MANUEL

(Festivo.) Me riñes, ¿eh? ¡Pues me voy!... Voy

a soltar a la tropa... (*Abrazándole.*) Adiós, pues, y bien venido... Ya hablaremos, ya hablaremos... Ahora siento tener que dejarte solo .. (*Advirtiendo la llegada de don Rodrigo.*) Por más que ya tienes aquí al señor cura... Adiós.

ANGEL

Adiós, don Manuel. (*Sale don Manuel.*)

ESCENA VIII

ANGEL Y DON RODRIGO

DON RODRIGO

(*Con afectuosidad que huele a fingimiento, y tendiéndole la mano, que Angel estrecha*). ¿Cómo va, mi querido don Angel?

ANGEL

(*Con fría cortesía.*) Ya puede ver usted.

DON RODRIGO

¡Ah! Perdone que un amigo de ayer, como quien dice, se tome la libertad de venir a ímportunarle, aunque bien es verdad que obedece a su temperamento impresionable y apasionado.

ANGEL

Sólo tengo que agradecerle la benevolencia con que me honra.

DON RODRIGO

¿Y qué tal ese viaje de recreo? Parece que le encuentro a usted de mejor semblante.

ANGEL

Así así.

DON RODRIGO

¿Ha estado usted en Roma?

ANGEL

Tres meses.

DON RODRIGO

¡Oh! ¡qué dichosos son los que, como usted, han podido ver al Santo Padre y recibir su bendición!

ANGEL

Yo no he tenido esa dicha.

DON RODRIGO

¡Cómo! ¿No ha visitado usted el Vaticano?

ANGEL

A él fuí en busca de emociones artísticas.

DON RODRIGO

¿Y a qué obedeció el que no viese a Su Santidad?

ANGEL

A que no creí que fuese una obra de arte.

DON RODRIGO

Pero es el Vicario de Cristo en la tierra, y ante él no dejaría usted de experimentar una emoción inefable, por haber sido educado en el santo temor a Dios.

ANGEL

Mi Dios está en mí mismo.

DON RODRIGO

Vamos, querido don Angel, usted bromea.

ANGEL

(*Con leve ironía.*) No dudo que usted lo crea así.

DON RODRIGO

Figúrese que el otro día estuve en Brizales con el fin de asistir a una gran fiesta en honor del patrón de aquella parroquia y costeada por un indiano como usted, don Justo Álvarez Gutiérrez, el hijo de Rosendón de Manín...

ANGEL

Lo conozco.

DON RODRIGO

Hubo misa cantada, sermón a cargo de un buen predicador, procesión solemne y honesta fiesta profana.

ANGEL

Todo resultaría muy pintoresco.

DON RODRIGO

Querrá usted decir edificante... Porque había que ver la alegría de aquellos campesinos, que parecían querer expresar con los ojos su gratitud a quien así guardaba y honraba la santa tradición, a pesar de los largos años de ausencia. Y había que ver la emoción del indiano que de tal suerte ofrendaba al Supremo Hacedor, como débil muestra de gratitud por los beneficios recibidos de El. Y yo envidiaba al señor cura de Brizales, tan satisfecho del hermoso espectáculo que le ofrecía el feligrés que tornaba a su parroquia...

ANGEL

Lo creo, como creería que un comerciante envidiase a otro una buena operación.

DON RODRIGO

Me duele ese símil.

ANGEL

Es cuestión de forma... Pase por cuando las formas no se saben guardar.

DON RODRIGO

Sin embargo, advierta que mi misión es espiritual.

ANGEL

Nada he dicho en contrario.

DON RODRIGO

Créame que a veces resulta amarga y dolorosa nuestra labor, bien que nos quepa la satisfacción de servir al cielo.

ANGEL

No lo dudo.

DON RODRIGO

Ahora, vea usted, me hallo en el trance de procurar recursos para una desventurada familia que vive cerca de aquí.

ANGEL

Ya me enteraré de eso, y grande será mi placer si puedo aliviarla.

DON RODRIGO

¡Ah!

ANGEL

¿Se extraña usted?

DON RODRIGO

¡Ni por un momento, querido D. Angel! *(Entran Isidro, Julián y Balbina.)*

ESCENA IX

DICHOS, ISIDRO, JULIÁN Y BALBINA

ISIDRO

(A Julián.) Ahí lo tienes, hombre; corre a dale un abrazo.

JULIÁN

(*Después de un momento de indecisión, avanza hacia Angel, al propio tiempo que éste hace lo mismo.*) ¿Vate bien, Angel? *(Se abrazan.)*

ANGEL

No tan bien como a tí.

DON RODRIGO

(*A Julián.*) Por lo que podrás advertir que no todo lo hace el dinero.

ANGEL

(Con acritud.) Y de seguro que tampoco las recetas que usted puede dar.

DON RODRIGO

¡Oh! Perdone si le he molestado. Muy lejos de mí tal deseo.

ANGEL

En ese caso, nada tengo que perdonar.

DON RODRIGO

Bien, querido D. Angel; no quiero perturbar esta escena de familia; me voy. (*Tendiéndole la mano con ademán afectuoso, que Angel estrecha friamente.*) Bien venido.

ANGEL

Gracias, y bien hallado.

DON RODRIGO

¡Ah! No se olvide usted de la pobre familia de que le hablé. (*Dirigiéndose a todos.*) Se trata de Manín de Corso.

ANGEL

No lo olvidaré.

DON RODRIGO

Tenga en cuenta que urge el remedio.

ANGEL

Procederé con urgencia.

DON RODRIGO

Adiós, pues.

TODOS

Adiós.
(*Sale D. Rodrigo.*)

ANGEL

Ese hombre me irrita.

ISIDRO

Pero ya ves; trátase del señor cura.

ANGEL

Para mí sólo se trata de un hombre impertinente y antipático.

ISIDRO

Bueno; eso, allá tú.

ANGEL

¿Y qué le pasa a Manín de Corso?

ISIDRO

Que entró por su casa la desgracia llevando el dolor y la miseria.

ANGEL

Pues llévele usted por ahora estos veinte duros.

ISIDRO

Pero ¿estás loco, rapaz?

ANGEL

(*Queriendo entender torcidamente la intención de su padre.*) ¡Ah! Es poco remedio para tanto mal. Ahí van, pues, estas otras cien pesetas.

ISIDRO

Si yo decíalo...

ANGEL

(*Interrumpiéndole.*) Dijéralo por lo que lo dijera, usted cumpla mi encargo. Y que ya iré yo por allí. Y mucho cuidado con que esto se sepa, y hágales a ellos la misma recomendación.

ISIDRO

Sí; bien está que no se sepa, porque si no, no podrías aguantar tanto pellizco como te iban a dar.

ANGEL

Estoy bien forrado y no me harían gran mella; pero no lo decía yo por eso.

ISIDRO

Bueno, hombre; voy a hacer lo que me mandas. (*Sale*)

ANGEL

(*Por decir algo, pero atento a sí mismo.*) Y tú, Julián, ¿eres feliz?

JULIÁN

Hombre, yo, la verdá, nada más sé decite que nada me falta.

ANGEL

Nada te falta... ¿Ni trabajo?

JULIÁN

Tampoco; eso nunca falta, por más que no sienta mal cuando no ahoga y da provecho.
(Pausa. Angel, que estará sentado, comienza a dar síntomas de congoja; se coge la frente...)

JULIÁN

¿Siénteste mal, Angel?... ¿Quiés que Balbina te haga algo?...

ANGEL

Sólo quiero que corras a buscar un médico.

JULIÁN

Voy a escape; pero no tengas miedo, que no será nada. (*Sale.*)
(*Otra pausa. Balbina, de pie junto a Angel, lo contempla con dolorida expresión. Angel pasa las manos por los párpados, como si saliese de una pesadilla.)*

BALBINA

(*Con voz temblorosa de cariñosa emoción.*) ¿Ya se siente mejor, Angel?

ANGEL

Sí... Ha sido un vahído... Pero que yo oiga esa voz de sincera y cariñosa solicitud... que yo sienta su calor en mi alma aterida .. que yo la oiga... que yo la oiga... (*Telón.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto primero, pero moblaje nuevo de comedor relativamente lujoso.

ESCENA PRIMERA

ISIDRO, JULIAN y ANGEL

Al levantarse el telón, los dos primeros estarán sentados a la mesa, figurando haber acabado de desayunarse, y ambos se hallarán entregados a la cachazuda tarea de hacer sendos cigarrillos, que fumarán después. A poco, entra Angel.

ANGEL

Buenos días.

ISIDRO

¡Hombre! ¿Ya te levantaste?

ANGEL

Así debe ser, cuando estoy aquí.

ISIDRO

Y paez que tienes muy buena cara.

ANGEL

Como ayer, como siempre, según usted, pues siempre me dice lo mismo.

ISIDRO

¡Qué cosas tienes, Angel!

ANGEL

En cambio, Julián siempre aparece callado.

JULIÁN

Yo, la verdá, no sé qué decite.

ANGEL

De manera que ni repites la misma tonada, ni caes en la contradicción.

JULIÁN

Será lo que a ti te paezca.

ANGEL

Lo que me parece es que ya se van acostumbrando al lujoso comedor.

ISIDRO

Basta que ello te guste a ti, pa que nosotros vengamos.

ANGEL

No es eso, padre, sino que resultaría necio comer en la cocina habiendo más comodidades aquí.

ISIDRO

Pues yo, la verdá, no puedo haceme a tanto lujo; paezme que todo lo mancho y lo echo a perder.

ANGEL

Si ello fuera así, con comprar de nuevo lo que usted estropease, estaba el asunto arreglado.

ISIDRO

Hombre, pero costaría los cuartos, y eso no me gustaría a mí.

ANGEL

(*Algo contrariado.*) Ya salió la preocupación del dinero, cuando en realidad debía tenerle sin cuidado.

ISIDRO

La verdá es que ya no eres un rapacín, y sabrás lo que te convién.

ANGEL

Exacto... ¿Y tú, Julián, qué dices?

JULIÁN

Pues que pa mí la cosa está en comer, y el sitio tienme sin cuidao. (*Entra Luis*)

ESCENA II

DICHOS y LUIS

LUIS

Mi amo, ya están cabruñadas las gadañas.

ISIDRO

Pues puedes ir andando delante, que ahora iremos nosotros.

(*Luis se dispone a salir, pero le detiene Angel con un gesto.*)

ANGEL

Tú debes ser de hierro, Luis.

LUIS

¿Por qué lo diz, Don Angel?

ANGEL

Porque anoche te sentí al retirarte, y ya te veo en pie, y supongo qué faena te espera.

ISIDRO

¿A qué hora vino?

ANGEL

A las dos de la mañana.

LUIS

Justo; pero ya ve que era día de fiesta.

JULIÁN

Que quier decir día de corredera.

ANGEL

¡Qué alegres veníais!... Vuestros cantos, rematados por el guerrero ixuxú, hendían el silencio de la noche, y os contestaban con sus ladridos los perros vigilantes en las quintanas... Debíais ser muchos.

LUIS

Cerca de la docena.

ISIDRO

Todos los criaos de la parroquia, que andan en pandilla y que son más malos que el pecao.

LUIS

Siempre se desagera, mi amo.

ANGEL

Y vuestras voces cesaron al acercaros aquí.

LUIS

Justo; mandelos yo callar pa no despertalo a usté.

ANGEL

Pero ¿eres tú el capitán cuyos mandatos se obedecen?

LUIS

Es que tratándose de usté, todos somos a respetalo y a querelo; en la parroquia tien fama casi de santo.

ANGEL

(*Irónico.*) Vamos, un santo que no va a misa, y de ahí que no me quiten el casi.

LUIS

Justo.

ISIDRO

¡Otra vez! Si tuvieras el trabajo de leer sentencias, maldito que dirías justo tan a menudo.

LUIS

Es un modo de hablar.

ANGEL

¡Oh, cómo os envidié al oir vuestros cantos!

LUIS

Pues poco tenemos que envidiar. Mejor estaría que lo envidiásemos nosotros a usté.

ANGEL

De seguro que no... Vendríais de cortejar, ¿eh?

ISIDRO

No; vendrían de algún llagar a esa hora.

LUIS

No lo niego, mi amo; pero yo, a las once, eché a andar pa casa, y entonces, por mi mala sombra, empeñóse el criao de Pín de Colás en que habíamos de ir a la espicha de Ramonzón el Canelo, y ya sabe usté que hay que vivir con los amigos.

ISIDRO

Y fuísteis y pillásteis una buena panzada de sidra, pa remojar el gañote y entonar la voz.

LUIS

No fué tanto, mi amo.

ISIDRO

Vamos, no quiés que Angel sepa cómo gastas los cuartos que él te da.

ANGEL

Bien; pero antes habréis ido a visitar a las mozas.

LUIS

Eso hicimos pa matar el tiempo y pa no perder la costumbre.

JULIÁN

Y también pa hacer de rabiar a los viejos en la cocina.

ISIDRO

Sí, porque hasta los mozos de la parroquia van perdiendo el respeto.

LUIS

Mucho se diz que no es verdá, mi amo.

ANGEL

¿Es que no tienes novia?

LUIS

¿Pa qué la quiero, si no tendría pación que la dar?

ANGEL

Pues yo creí que estabas enamorado, cuando tu voz, empañada de emoción, resonó sola en la noche para entonar este cantar (*recitado*):

«Tengo de cortar un roble
en el alto Cabruñana,
que con les fueyes non veo
los miós amores del alma».

LUIS

Eso es un cantar.

ANGEL

Vaya, vaya, que alguna inclinación sentirás hacia alguna rapaza.

LUIS

Si la siento, tengo que hacer por teneme firme.

ANGEL

¡Ah!

JULIÁN

Hasta que el viento sople de duro y te tumbe.

LUIS

Y esto sí que da un gran dolor... ¡Qué mala sombra!... Todavía si uno pudiese ir a la Habana a por cuartos...

ANGEL

Perderías el tiempo maldiciendo de tu mala sombra.

LUIS

Puede ser que no.

ANGEL

Muchos sueños sonrosados ponen en vuestras cabezas las doradas onzas que de América traen algunos hombres, porque ignoráis la vida de éstos y cerráis los ojos ante el gran número de los que vuelven sin capital y no queréis recordar a los muchos que allí quedan en esclavitud de trabajo y de pobreza... Y lo más triste es que parecéis no saber más camino salvador que ese, cuando sólo puede ser uno de tantos.

LUIS

Pues así y todo, yo quisiera marchar pa la Habana.

ANGEL

Al volver, podrías encontrar casada o sin atractivos a la elegida de tu corazón.

LUIS

Mas al sonar de los pesos, no me faltarían mujeres.

ANGEL

Sin embargo, podrías no hallar la mujer.

LUIS

No lo entiendo.

ISIDRO

Yo, sí; vaya, quier decir que a veces no se encuentra a la que es cariñosa de veras, y yo pienso como él.

ANGEL

Vamos a ver, Luis: ¿es de esta parroquia la mujer que te gusta?

JULIÁN

La hija de Pachu Rafael llévale los ojos detrás de ella.

ISIDRO

Bien apuntaste esta vez, Julián.

ANGEL

¿Es cierto eso, Luis?

LUIS

Serálo, cuando ellos lo dicen.

ANGEL

Pues es hija única y tienen buena hacienda propia.

LUIS

Pero también ella tien un padre que no se enamora nada más que de los cuartos.

ISIDRO

Que pide lo justo, quedrás decir, y ahora sí que vendría muy guapamente; porque si ella tien algo, no es justo que al su amparo se meta en casa un hombre que lleva las manos sin nada.

JULIÁN

El cariño no debe reparar en eso, y el corazón de la hija puede marchar de otro modo que el del padre.

LUIS

Pero el mundo es así, y a la fuerza matan a uno.

ISIDRO

Además, Pachu tien una hipoteca de seis mil riales sobre la hacienda, y quier que el que entre en la su quintana le quite primero ese peso de encima.

ANGEL

¿Es que se dan los matrimonios por conveniencia y a pesar del amor?

ISIDRO

¡Claro que sí! Peor que eso es la fame.

ÁNGEL

Es idílico todo eso... Y tú, Luis, ¿le gustas a la rapaza?

LUIS

Hombre, cuando me ve no me haz la cruz como al diablo.

ÁNGEL

De suerte que serías feliz casándote con ella.

LUIS

Tengo muy mala sombra pa pensar en eso, don Angel.

ÁNGEL

Pues yo quiero desvanecer esa mala sombra... Dile a Pachu que cuentas conmigo para padrino.

ISIDRO

(*Queriendo conseguir, sonriente, una rectificación.*) ¡Cómo bromeas, Angel!

LUIS

(*Al quite.*) A mí paezme que lo dijo en serio.

ÁNGEL

Y no te equivocas, Luis.

LUIS

Usté es un santo.

ÁNGEL

Y tú, ¿eres ahora feliz?

LUIS

¡Como nunca lo pensé!

ÁNGEL

Pues marcha con tu felicidad a la faena.

LUIS

A donde usté quiera iré yo. (*Sale.*)

ESCENA III

DICHOS, MENOS LUIS

ISIDRO

También nosotros nos vamos, que la tarea de hoy es larga y penosa.

ÁNGEL

¿De qué se trata?

ISIDRO

Tenemos que segar la yerba del prao Pondal.

ÁNGEL

¿Y han de realizar precisamente hoy tal faena?

ISIDRO

Así lo tenemos pensao, si la ayuda de Dios no nos falta.

ÁNGEL

El perdón de Dios debía faltarle, por no atender

mis consejos de que se deje de trabajos y fatigas, acaso porque esté usted enamorado de la idea de acelerar su muerte.

ISIDRO

Estás equivocao, pues el mejor modo de dar cara a la muerte es volver la espalda al trabajo... ¿Entiéndesme?

ÁNGEL

Sí, sí...

ISIDRO

Sobre todo, que se llega a tener amor a la tierra, por más que a veces, como buena mujer que es, resulte desagradecida...

ÁNGEL

Le comprendo, le comprendo...

ISIDRO

Pero, sin embargo, has de tener también en cuenta, que desde que tú llegaste y porque tú te empeñaste en ello, contamos con la ayuda de Luis.

ÁNGEL

Si a eso vamos, tampoco debo olvidar que sus tierras y su ganado han aumentado...

ISIDRO

Aunque no tanto como yo quisiera, pues si tuviera cuartos...

ÁNGEL

(*Con acritud.*) No me vendría usted con indirectas.

ISIDRO

Yo no te dije nada.

ÁNGEL

Hay cosas que resultan peores adivinándolas que oyéndolas... (*Como en soliloquio.*) ¿Y para qué ese afán de dinero?

ISIDRO

¡Hombre! Repara en que tengo un hijo y una nuera y cuatro nietos, y bien pudiera hacer falta todo lo que hay y algo más...

ÁNGEL

(*Sarcásticamente.*) ¡Ah! Tiene usted un hijo; yo creía que éramos dos.

ISIDRO

Por el amor de Dios, Angel; yo díjelo porque tú tienes de sobra con qué defendete.

ÁNGEL

También podría ser porque toda la vida viví muy lejos de usted, y dicen que con la ausencia se merman y borran los afectos.

ISIDRO

Cualquiera diría que tienes ganas de haceme sufrir, y si es así, que Dios te perdone como yo te perdono.

ÁNGEL

(*Irónico.*) Gracias.

ISIDRO

Pero no te fijas que, al echame en cara la falta de cariño, das en el mismo pecao; porque si el mi cariño se murió, también se moriría el tuyo; mas como yo te tengo bien agarrao al corazón, nunca pensé en que tú no me qüisieras.

ÁNGEL

Esas son palabras... (*Sale.*)

ESCENA IV

ISIDRO y JULIAN

ISIDRO

¿Entiéndeslo tú, Julián?

JULIÁN

Porque no lo entiendo, déjolo que diga y que haga lo que quiera.

ISIDRO

Anda tirando a todo el mundo los cuartos, y a nosotros nada nos toca, como no sea algo de más lujo que antes; pero ya ves cómo se pone cuando piensa que yo le pido algo.

JULIÁN

Será porque no vió verdaderas necesidades.

ISIDRO

¿Esperas tú ni espera él a que llueva pa tener paraguas?

JULIÁN

Hombre, algunas veces descúidase uno.

ISIDRO

Pues yo no quiero descuidame, y así, pienso echar a Angel... (*Entra Balbina.*)

ESCENA V

DICHOS Y BALBINA.

BALBINA

¿Todavía están aquí?

ISIDRO

Sí; estuvimos hablando de que el Pericachu vende muy barata la casería.

BALBINA

Y de seguro que a usté se le apetez comprala.

ISIDRO

Como faltar no me falta la intención.

BALBINA

¿Qué espera entonces?

ISIDRO

¡Tienes a veces unas preguntas!... ¿Piensas, por si acaso, que yo cuento las onzas por fanegas, como Angel?

BALBINA

Yo no pienso lo que sé que no es.

ISIDRO

Pero bien podías pensar lo que puede ser.

BALBINA

Por lo visto, necesito que usté me lo diga.

ISIDRO

Pues que Angel bien podía compránosla.

BALBINA

Estaría bien si saliese de él.

ISIDRO

Pero como por las trazas no puede salir ello solo, convendría que hubiese quien se prestase a sacáselo.

BALBINA

Eso, allá usté.

ISIDRO

Allá yo, no, Balbina; de sobra lo sabes tú.

BALBINA

Pues yo no se lo digo.

ISIDRO

¿Por qué, mujer, si a tí no te niega nada?

BALBINA

Es que no me gusta andar pidiéndole cuartos.

ISIDRO

Al parecer, eso sólo reza con los de casa, que pa los de fuera bien pides.

BALBINA

Hago lo que el mi cuñao me manda.

ISIDRO

En cambio, a mí óyesme como si cantase un carro. ¿Qué te paez, Julián?

JULIÁN

Yo, padre, ¿qué quier que diga?... A mí paezme que lo que Balbina haga será lo mejor.

ISIDRO

Eso creo yo también, porque ella no va a ser tan tonta que, pudiendo hacelo, deje de aumentar la su hacienda, ni tan mala que nos dea el dolor de desperdiciar tan buena ocasión.

BALBINA

El dolor voy a pasalo yo pidiendo cuartos a Angel.

ISIDRO

Vales un mundo, mujer. No; si no hay nuera ni mujer como ésta.

BALBINA

Siempre que haga lo que usté quiera.

ISIDRO

Y ya me veo metiendo el llabiego en las tierras del Pericachu... Y ahora, Julián, a trabajar. (*Se levantan los dos hombres y se dirigen a la puerta de salida.*)

JULIÁN

(*Después que Isidro ha traspuesto el dintel.*) En seguida voy, padre, que quiero hacer un encargo a Balbina.

ISIDRO

(*Desde dentro.*) No te detengas, pues ya se nos hizo tarde.

ESCENA VI

JULIAN Y BALBINA; *luego*, ISIDRO, *desde dentro*.

JULIÁN

Es que quiero decite que nos mandes con la comida un purín de los de Angel y el postre de dulce que sabe tan bien.

BALBINA

¡Llambión!

JULIÁN

Tienes razón, cuando tan loco estoy por tí que talmente paez que te tengo que conquistar.

BALBINA

¡Claro! Porque el conquistao fuiste tú, apencando con esta probe que era muy poco ganao p'al tu corral.

JULIÁN

Pero que no hay dinero que la pague.

BALBINA

No pensaba así tu padre cuando le dijiste que te querías casar conmigo.

JULIÁN

Eso ya pasó.

BALBINA

Y bien pasao está.

JULIÁN

¡Tonta! Si yo te digo que te tengo que conquistar, no es porque piense que tú no me quieras,

pues si lo pensara no podría decilo, ya que ese pensamiento y la muerte serían pa mí todo uno...

BALBINA

(*Halagada y con cariñosa incredulidad.*) ¡Mentiroso!

JULIÁN

Dígolo porque de poco tiempo a esta parte parécesme otra, con esos vestíos tan guapos y con esos pendientes de tantos colorinos encendíos, y figúraseme que no te merezco.

BALBINA

No andes con zalamerías.

JULIÁN

Es la verdá.

BALBINA

Pues si quiés sacar esa espina, ningún trabajo me cuesta volver a los mis trapucos y a los mis pendientucos. Bien sabes tú que esto y el lujo de los muebles y las buenas comidas son obra de Angel.

JULIÁN

Hasta que las tome contigo como con mi padre.

BALBINA

Bueno.

JULIÁN

Por más que no sabe cómo pagate lo mucho que haces por él.

BALBINA

No hago más que lo que debo.

JULIÁN

Pero he de decite que a mí gústame que andes

tan maja. ¡Como a la santina quisiera vete yo, pa adorate de rodillas!

BALBINA

No digas pecaos.

JULIÁN

Decir la verdá no es pecao.

BALBINA

Pues la santina, agradecida, quier pagate tanta bondá: toma. (*Le besa.*)

JULIÁN

¡Recóime, y qué bien paga esta santina! No sé qué tienes en esa boca, que nada me sabe tan bien como un beso de ella.

ISIDRO

(*Desde dentro.*) ¿Vienes o no vienes, Julián?

JULIÁN

Ahora voy, padre. (*A Balbina.*) ¡Estaba tan contento en el cielo, y mi padre ya me llama a la tierra! (*Sale.*)

ESCENA VII

BALBINA y ANGEL

BALBINA

(*Que se ha aproximado a la puerta del foro, de manera que aparenta dominar la antojana de la casa.*) ¡Eh!... ¡Angel!... Suba, que le tengo que decir una cosa.

ANGEL

(*Que, con aspecto de mal humor, entra al poco rato.*) ¿Qué me tienes que decir?

BALBINA

Primero de nada, que desarrugues ese ceño.

ANGEL

(*Con agria ironía.*) Si lo manda la señora...

BALBINA

(*Festiva.*) Sí; mándolo yo. Y no vayas a creer que no sé por qué te enfadaste.

ANGEL

Señal de que has realizado el mal a conciencia de que lo hacías.

BALBINA

Eso sí que no. Si te traté de usté al llamate, fué sin reparar entonces en ello, porque no se me amaña tratate de tú, y más, cuando hay gente delante; pues, ¿qué sacaría de hacete sufrir?

ANGEL

No sé si eres una maestra en el arte de fingir, o un dechado de bondad.

BALBINA

¡Por Dios, Angel, que me atormentas el alma!

ANGEL

(*Con acento de sinceridad.*) ¡Perdón, perdón! Yo no debo dudar de tus nobles sentimientos.

BALBINA

Pa lograr el perdón, tienes que tomar primero la medecina, que pa eso te llamé. ¡Ah, tunante! Esca-

pábaste con D. Manuel haciendo que no te acordabas.

ANGEL

De modo que, como siempre, tú velabas por mi salud más que yo mismo. No sé cómo agradecerte tanto y tan cariñoso interés.

BALBINA

(*Que ha volcado los polvos de un papel en un vaso que tiene un poco de agua.*) ¡Quién se acuerda de eso! (*Presentándole el vaso.*) Esto es lo que debe preocupate ahora. ¡Hala! ¡Arriba con él! Los malos tragos, pasalos pronto.

ANGEL

(*Después de apurar el contenido del vaso.*) Amarga como mis penas, sólo que, servida por tí, parece endulzarse, como mis penas se alivian con tus solicitudes.

BALBINA

¡Eres tremendo, hombre! Si te da por hablar bien, no sabes parar.

ANGEL

Acaso sea como compensación de lo mucho que hablo mal.

BALBINA

(*Indecisa.*) Bueno... Ahora tenía que decite...

ANGEL

Habla, mujer, que parece que te van a ahogar las palabras.

BALBINA

No; no era nada.

ANGEL

Algo era, y grave, cuando no te atreves a decirlo. Decídete, pues, que me tienes preocupado.

BALBINA

No; si como malo no era...

ANGEL

Razón de más para que lo digas. A ver, a ver qué es ello.

BALBINA

Tú ya sabes, Angel, que yo nunca nada te pedí; es más, cuando algo me tienes dao, y por mucho que lo agradeciese, parecía al tomalo que me sentía descontenta...

ANGEL

Déjate de rodeos, mujer.

BALBINA

Pues la cosa es... ¿cómo te lo diré?

ANGEL

De cualquier modo que lo digas estará bien dicho.

BALBINA

Pues la cosa es que se vende la casería del Pericachu...

ANGEL

Basta, basta; no sufras más; diré yo el resto por tí... Y mi padre quiere que yo le dé dinero para comprarla, y como buen diplomático (aunque fracasado en su labor directa), te envía a tí a modo de embajada extraordinaria: ¿no es eso?

BALBINA

Como ser no es cosa de tu padre...

ANGEL

(*Irónico.*) Entonces será obra de Julián.

BALBINA

Demasiao sabes que Julián no dispón nada.

ANGEL

Sea como fuere, dile a mi padre que puede ajustar esa casería.

BALBINA

No sabes cuánto te lo agradezco.

ANGEL

Es doloroso lo que me pasa con mi padre.

BALBINA

También tú pareces talmente que las tomaste con él.

ANGEL

No es eso... Ya sabes tú que yo vine aquí en busca de calor cordial, de calor de hogar...

BALBINA

Sí; eso te oí algunas veces, pero nunca pude entendete bien.

ANGEL

A ver si ahora consigo que me comprendas.

BALBINA

A ver.

ANGEL

Llamo yo calor cordial, al cariño de la familia, que es espontáneo, puro, sin egoísmos de ningún género, como una imposición de la sangre; cariño que anima al hombre en los momentos de desmayo y que le conforta cuando se siente amenazado de la fría sombra de la muerte. Es calor de hogar, porque por estrecha que sea nuestra convivencia con extrañas gentes, siempre notaremos desasosie-

go, frío, sin experimentar la sensación que temple nuestros nervios y encienda en nuestro pecho la esperanza. La madre es la representación más alta de ese cariño.

BALBINA

¿Y la mujer?

ANGEL

También, también... Como que, salvando ciertas diferencias, con ella renueva el hombre el cariño de la madre. La esposa es la que une a la nuestra su vida para continuarla en los hijos; ella ha infiltrado en nuestras venas y hecho vibrar en nuestra alma el fuego del amor, correspondiéndole nosotros del mismo modo, y habiéndose establecido, por tanto, como una mútua transfusión de algo que se dijera esencial para la vida, cosa que parecen confirmar los enamorados en sus arrobos: «Vida de mi vida», murmuran; de suerte que, ligándose entre sí, quedan unidos a sus respectivas familias... (*Con amarga ironía.*) Y acaso parecerá, oyéndome, que habla un experimentado... Pero advierto que tal vez no me haya explicado con claridad.

BALBINA

Sí, sí; entendíte a mi modo.

ANGEL

Pues si es así, comprenderás ahora el ansia que de ese cariño familiar siente el que durante treinta y tantos años ha vivido muy lejos de los suyos; comprenderás el dolor de quien cae enfermo entre extrañas gentes...

BALBINA

Pero tú ya estás con nosotros.

ANGEL

Ciertamente, vuestra compañía era lo que yo consideraba como mal menor.

BALBINA

Paez que quiés decir algo así como que pensabas no encontrar en nosotros cariño.

ANGEL

Todo el que apetecía, no; porque como antes dejé entrever, los vínculos de la sangre no son igualmente fuertes en todos nuestros parientes.

BALBINA

Eso es verdá; pero nosotros, tu padre, tu hermano, son bien allegaos a tí.

ANGEL

Sin embargo, no tanto como fuera de desear.

BALBINA

No sé por qué.

ANGEL

Busquemos la demostración en ciertos efectos. . Figúrate que yo, en un difícil y amargo trance de la vida, quiero hallar solución entregándome a la muerte... Si cuento con ciertas corrientes afectivas, habrá una fuerza más o menos poderosa que obre en sentido contrario a la que me impulsa hacia la muerte, llegando hasta a salir triunfadora...

BALBINA

Pues yo quisiera saber quién puede dar ese cariño.

ANGEL

No se da, sino que se muestra espontáneo.

BALBINA

¿En quién?

ANGEL

Yo creo que la visión de mi madre ejercería sobre mí mayor influencia que la visión de mi padre para apartar de mi sien el arma homicida, y más la de mi esposa que la de mi madre, y más que la de mi esposa la de mis hijos.

BALBINA

¿Y los hermanos, no pueden nada?

ANGEL

Según... Así se explica que yo no contase, ni con mucho, hallar aquí la suprema potencia de calor cordial... Pero, en cambio, nunca pude pensar —y ahí de mi dolor— que el corazón de mi padre no palpitase de amor por mí... También fallan las leyes del cariño.

BALBINA

No, Angel; tu padre quierte con toda el alma.

ANGEL

Sí; pero en mí adora el becerro de oro como uno de tantos campesinos. Y esa adoración la adviertes tú, y quieres mostrarte fuera de ella.

BALBINA

No; tú no tienes razón pa hablar así de tu padre.

ANGEL

Pues qué, ¿no te has fijado en que su constante y principal preocupación es mi dinero? ¿Cómo, pues, no he de considerar fingidas sus demostraciones de afecto?

BALBINA

Es que él está acostumbrao a mirar por los cuartos, y gustaríale ser amo de una buena hacienda; pero ten por seguro (así tuviera yo el cielo); ten por seguro que te quier.

ANGEL

Si hasta cierto punto disculpo su amor al dinero... Lo que yo no disculpo ni perdono es que ese amor haya anulado el movimiento de su corazón por mí o que se muestre por encima de él ocultándolo. De ahí mis acritudes y desvíos.

BALBINA

Pues yo sigo creyendo que son figuraciones tuyas.

ANGEL

Repara en que con Julián procedo de muy distinto modo, aunque me hiera con su fría indiferencia.

BALBINA

Ya sabes que él es así con todo el mundo.

ANGEL

Si a pesar de todo, yo quiero a mi padre, y me arrepiento en seguida de mis acometidas, y quisiera atraerle sinceramente hacia mí y encenderle en amor paternal con mi cariño... (*Con acento de tristeza*); pero no puedo dominarme, no puedo...

BALBINA

Calla, hombre, que de cualquier modo siempre contarás conmigo, si es que crees en mí.

ANGEL

¡Ah, sí! En tí sí que he encontrado calor cordial, calor de hogar, cariño de hermana, amor de madre,

de no sé de qué... Por él me siento fortalecido, por él ha refrenado el vuelo mi desesperación, por él vivo, en fin... Y tanta es mi dicha, que tiemblo temeroso de algo que no debo, que no sé explicar... Vamos, mi dicha es una pena más, sólo que mayor que todas mis penas...

(*Entra don Manuel.*)

ESCENA VIII

DICHOS Y DON MANUEL

DON MANUEL

¿Pero te has puesto enfermo, Angel?

ANGEL

¡Ah! Me había olvidado de usted ¡Perdón! Sin embargo, charlaremos aquí, pues se me quitó la gana de pasear.

DON MANUEL

Como gustes.

BALBINA

Bueno; entonces yo voy a echar una mirada a la casa. (*Sale.*)

ESCENA IX

ANGEL Y DON MANUEL

DON MANUEL

Pero, hombre de Dios, ¿qué te ha ocurrido? Hoy parecías sonreir a la vida, como influído por el día

esplendoroso, y ahora me entero de que desistes de nuestro paseo matinal.

ANGEL

Ni yo mismo sé lo que me pasa; hasta en esto es un absurdo mi vida.

DON MANUEL

Vuelta a las andadas; mas, ¿no habías quedado en que te acogías a la resignación?

ANGEL

¡Resignarme!... ¡Si esto se pudiese cumplir como se dice! ¡Si fuera posible detener el cerebro y el corazón en el momento en que uno abraza tal idea!

DON MANUEL

Entonces, si se te hace insoportable la falta de hogar propio, si aquí no encuentras el apetecido bien, creo que tu conducta no se compagina con tus ansias.

ANGEL

Vengan sus fundamentos.

DON MANUEL

Tú lamentas la falta de hogar propio, y porque te duele esa falta, es evidente que ansías el objeto de ella.

ANGEL

Usted siempre filosofando.

DON MANUEL

La filosofía es la persecución de la verdad, y como yo intento ahora ir en pos de ella, acepto el calificativo.

ANGEL

Adelante, pues.

DON MANUEL

Y si ansías una cosa, y más si la consideras esencial para tu vida, lo lógico es que te pongas en el camino por donde podrías alcanzarla. ¿Y por dónde has esperado tú al amor, cimiento del apetecido hogar? ¡Ah, sí! Me saldrás al paso con tus pesimismos...

ANGEL

No, no; siga usted.

DON MANUEL

Tú me has dicho que hubo momentos en que no querías resignarte a ver frustrada tu vida. Aludías a la posibilidad de encontrar el amor. Pero añadiste que habías llegado a la convicción de que sólo por tu oro podrían quererte las mujeres. ¿No es esto?

ANGEL

Tiene usted una excelente memoria.

DON MANUEL

Pues yo te digo que no llegaste a esa convicción, sino que era un prejuicio, porque la idea que entrañaba ya la tenías metida en el alma, como uno de tantos venenos...

ANGEL

(Irónico.) ¡Pobre de mí!

DON MANUEL

¡Y cómo te contradecías, hombre! Porque tú opinabas que la felicidad no está en el dinero, y, sin embargo, admitías el hecho de que por tu dinero hipotecase una mujer toda su vida.

ANGEL

(Con la misma ironía.) Sutilísimo y hábil le veo.

DON MANUEL

No; testigo fiel y juez imparcial.

ANGEL

Sea.

DON MANUEL

Ahora bien; al amor no hay que irle con prejuicios ni reservas, porque no admite razonamientos ni condiciones; es más, el amor no se busca, sino que se encuentra, aunque, claro está, precísase estar en su camino; y en esta disposición el alma, va siendo insensiblemente poseída del amor, igual que si se aspirase como el aire o lo mismo que si se entrase como la luz por nuestros ojos. ¿Cómo, pues, ibas a ser tú su elegido, si comenzabas por poner una sospecha entre tú y las mujeres? ¿Cómo vas a serlo ahora si, además de tal sospecha o afirmación, existe tu alejamiento?

ANGEL

Pero, sin embargo, ¿quiere usted decir que debemos admitir ciegamente el amor y ciegamente someternos a él? ¿No ha de tomar parte la razón antes de rendirnos al amor por entero?

DON MANUEL

¡Claro que sí! Mas nunca mirando a través del pesimismo, sino de un modo objetivo. No obstante, lo más corriente es que la razón se encuentre envuelta en sonrosada neblina, de suerte que el enamorado sólo percibe como esfumada la imagen del ser amado, igual que en un sueño de voluptuosidad y perfección.

ANGEL

Entonces, el amor es temible.

DON MANUEL

Para mí y para muchos ha sido una delicia.

ANGEL

Mas, ¿es de tal suerte su fuerza, es tanta su ceguera, que obligue al hombre a cometer los mayores desatinos, las más grandes monstruosidades?

DON MANUEL

Según, según... Sólo que, en determinados casos, una voluntad enérgica, salva; porque en tales ocasiones, la razón no tiene por qué funcionar, ya que hay cosas que se imponen por sí mismas.

ANGEL

¡Voluntad, voluntad!... Para mí es niebla, aire, algo etéreo que se escapa a mi mano... Y lo cierto es que hay que aprisionarla, tenerla.

DON MANUEL

Y yo me veo ahora obligado a hacer uso de ella, para dejar tu grata compañía y encaminarme a visitar a un alumno mío que se halla enfermo. Conque, adiós, queridín.

ANGEL

Hasta luego, don Manuel.
(Vase don Manuel.)

ESCENA X

ANGEL y BALBINA

(Angel, después de salir D. Manuel, apoya los codos en la mesa y aprisiona la cabeza entre las manos, en actitud dolorosa y meditabunda. A los

pocos momentos, entra Balbina, que, de pronto, no repara en aquella actitud.)

BALBINA

(*Cariñosa.*) ¿Quiés que te traiga el almuerzo? (*Fijándose en Angel.*) Pero, ¿qué te pasa, hombre?

ANGEL

(*Sin abandonar su actitud.*) Nada; me siento un poco mal.

BALBINA

No; a tí algo te pasa. ¿Es que no tienes confianza pa decímelo?

ANGEL

(Irguiendo la cabeza.) No te molestes, mujer, que nada me ocurre.

BALBINA

Entonces, ¿cómo no me decías que estabas malo?

ANGEL

Porque la cosa no tiene importancia.

BALBINA

Bueno, bueno; ya sabes que conmigo no valen las mentiras. Tú algo tienes, y no me lo quiés decir. *(Con reproche cariñoso.)* Ya veo que no soy nada pa tí.

ANGEL

No, Balbina; lo que ocurre es que he tomado una seria determinación, y me violenta tener que comunicártela.

BALBINA

Pues si yo lo había de saber más tarde, ¿qué más da que lo sepa ahora?

ANGEL

Es verdad... Ello es que estoy decidido a dejar esta casa.

BALBINA

Pero, ¿volvístete loco?

ANGEL

Acaso.

BALBINA

Bueno, Angel, no andes con esas bromas, que me hacen sufrir.

ANGEL

¡Ojalá fuesen bromas!

BALBINA

Pero, ¿pasóte algo aquí pa tomar esa determinación? ¿No tienes aquí cariño? ¿No haces lo que quiés? ¿No decías que deseabas esperar aquí la muerte? ¿Pues entonces?

ANGEL

Ahórrate ese mareo; déjate de buscar contradicciones a mi conducta; hazte cuenta que me voy porque sí, por una chifladura más, si te parece.

BALBINA

Angel, a tí algo malo se te metió en la cabeza.

ANGEL

¿Y por qué no en el corazón?

BALBINA

No sé, no sé... Pero lo cierto es que de nosotros no debías pensar nada malo... ¡Si supieras qué pena tan grande me das!

ANGEL

Pues no te apenes; alégrate.

BALBINA

¿Cómo me dices eso?

ANGEL

¡Qué sé yo!

BALBINA

Entonces, ¿por qué me voy a alegrar? Llorar, llorar mucho de pena: eso será lo que haga.

ANGEL

No; tú no llorarás; tú no debes llorar... Mírame a los ojos... Así, mírame... Están tristes, ¿verdad?... Mas no se acobardan, no se avergüenzan, no esquivan la mirada de nadie, porque nada tienen que temer, de nada tienen que abochornarse... ¡En ellos está reflejada mi alma, un día estremecida de esperanza y hoy desmayada de desilusión!

BALBINA

Júrote que no te entiendo; pero lo cierto es que me haces sufrir.

ANGEL

¡Ah, no me entiendes!... ¿Y cómo haría yo para que me entendieses? *(Pausa.)* No sé, no sé...

BALBINA

Pues no digas nada, si ello no te gusta.

ANGEL

Pero tengo que decírtelo, debo decírtelo, porque es deber mío darte una satisfacción.

BALBINA

Como tú quieras.

ANGEL

Me voy... Pero ¿acaso no has adivinado el por qué? ¿O es que deseas verme humillado con mi confesión?

BALBINA

¡Calla! ¡Por Dios te lo pido!...

ANGEL

¡Ah! Sabías que te amo, sabías que con tus bondades habías despertado en mi corazón el amor. .

BALBINA

No; yo no sabía nada de eso; yo no hice nada porque eso pasase.

ANGEL

Pero, sin embargo, así es... No; tampoco yo me dí cuenta de ello; tampoco yo puse nada de mi parte... ¿Cómo iba yo a hacer semejante cosa, si ya me consideraba inaccesible al amor o incapaz de hacerlo surgir?... Sólo que se metió en mi pecho —lo diré con tu lenguaje—como una bendición del cielo o como un castigo del infierno.

BALBINA

Cosa del infierno sería.

ANGEL

Sí; del infierno...

BALBINA

¡Que el Señor nos ampare!

ANGEL

¡Oh! Tu alma delicada ardió ante mí en verdadero cariño, ofrendándome calor cordial, calor de hogar, ¡lo que yo tanto anhelaba!; pero en tan alto

grado y de tal suerte, que no puedo menos de preguntar: ¿por qué has sido tan buena conmigo?

BALBINA

No fuí buena ni mala, sino como debía ser... Además, como estabas tan delicao, y veíate tan triste, quise consolate en lo que podía.

ANGEL

Pues el consuelo que me has brindado, por una ironía cruel de la suerte—¡pobre de mí!—ha venido a trocarse en mi mayor amargura... Porque me voy, me voy...

BALBINA

¡Angel!

ANGEL

En mi alma no cabe la traición, ni aún en mi pensamiento la admito; cuanto más, que, en este caso, sería desoir la voz de la sangre que late en mis venas y que me impulsa fraternalmente hacia mi hermano... Porque no es sólo el respeto a la mujer ajena; es más que eso: es la fidelidad al calor cordial, al calor de hogar, que quiere decir noble proceder, ciega confianza... No; yo no debo, yo no puedo perturbar esa sagrada ley... Mi hermano puede vivir tranquilo...

BALBINA

¡Probe Julián, y cómo lloraría de pena si lo supiera!

ANGEL

No; él es feliz; te tiene a tí, y nada adelantarías con decirle esto... El pobre soy yo, yo soy el desventurado, que tengo que abandonar esta casa con más tristeza aún que cuando entré en ella.

BALBINA

Pero con teneme a mí como una hermana, con que tú supieses matar esos malos pensamientos, podrías quedate aquí.

ANGEL

Tu alma ingenua y generosa te lleva a decir las mayores candideces. Entre tú y yo agita el amor sus alas, y es cosa que no puede vivir oculta, y que resulta imposible de matar en algunos casos... Y de ese amor nacerían la inquietud, la zozobra, acaso algo monstruoso... Reflexiona, reflexiona, y verás cuán grande error es el tuyo y a qué terribles consecuencias podría llegar.

BALBINA

Sí; ahora caigo en que más vale que te marches.

ANGEL

Precisamente en esas palabras veo el mayor peligro para mi estancia aquí, porque ellas me denuncian que tú no corresponderías a mi pasión, y el amor, si hemos de creer a los experimentados, exacérbase con el obstáculo.

BALBINA

Tienes razón; yo soy de Julián; quiérolo por bueno, por cariñoso, y nunca —¡nunca!— le he de faltar... Sí, vete; márchate ahora mismo; téngote miedo... Ya lo arreglaré yo todo con tu padre y con Julián, aunque les cueste un buen disgusto.

ANGEL

Pues, ya ves; a pesar de todo, mi amor se rebelaba a marchar... ¡Es tan duro, tan amargo, tan desesperante el tener que renunciar a ti! ¡Como que acaso me vaya en ello la vida!...

BALBINA

¿Qué dices, Angel?

ANGEL

Pero tu rotunda negativa me deja sin ningún asidero, sin ninguna disculpa, sin ninguna justificación... ¡Tanto mejor!... Y marcharé por el mundo con la frente inclinada por el dolor y los sombríos pensamientos, sintiendo las punzadas de un amor imposible, sin casa, sin cariño, sin una voz que conmueva mi alma, sin hallar unas manos que se posen blandamente sobre mi cuerpo...

BALBINA

¡Angel!...

ANGEL

¡Oh, el frío y los dolores que esperan a mi alma!... Pero, ¿a qué sufrir?... ¿Puede ser más frío el frío de la muerte?... ¿Pueden ser más intensas las penas y más fuertes los dolores de ultratumba?... ¡Morir, sí!... *(Hace ademán de sacar la pistola, y Balbina se abalanza hacia él y le sujeta las manos.)*

BALBINA

¡Morir, no, Angel!... ¡Quédate!

TELON

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración y el mismo moblaje del acto segundo.

ESCENA PRIMERA

BALBINA y JULIAN

Este entra a poco de levantarse el telón, llevando un rozón en la diestra.

JULIÁN

Iba a arreglar los matos de la Ería, y no quise marchar sin vete, pues paez que andas escapada de mí.

BALBINA

(En tono que, queriendo ser jocoso, deja, sin embargo, rezumar una leve amargura.) Tú no debes estar bueno de la cabeza, Julián.

JULIÁN

Más quisiera pensar eso.

BALBINA

Con el trajín que hay en casa, ya puedo andar detrás de ti.

JULIÁN

No, Balbina; dizme el corazón que algo tienes; dícenmelo también muchas cosas tuyas, por más que trates de disimulalo.

BALBINA

¿Cómo lo voy a tener, si pa ello no hubo ni hay motivos?

JULIÁN

Es verdá. Que yo sepa, no hay motivos, y eso que me quebré la cabeza buscándolos... Como no sea cosa de Angel... Pero lo cierto es que el mi hermano está contigo más atento que nunca.

BALBINA

No te marees dándote a buscar lo que no hay, Julián. Si algo me pasase, ¿a quién lo iba a decir más que a ti?

JULIÁN

Tienes razón.

BALBINA

De sobra sé lo mucho que me quiés.

JULIÁN

Tanto como tú a mí.

BALBINA

Más, Julián, más...

JULIÁN

¡Cómo! Pero ¿es que no me quiés todo cuanto se puede querer, como yo a ti?

BALBINA

Sí, hombre; pero yo pienso que tú, en eso, como en todo, tienes más fuerza que yo.

JULIÁN

No sé a qué cosa mala me saben esas palabras, porque yo, Balbina, quiérote tanto, que no puedo pensar que tú me quieras más ni menos; y eso me paez que debe pasar a todos los que quieren de veras.

BALBINA

Ves: puesto a pensar mal, no tienes reparo en dejar un mal camín por otro peor. ¡Si te quiero con toda mi alma, Julián!

JULIÁN

(Acariciándola.) Vaya, mujer, no te disgustes; yo no quise decir nada malo; yo nada más pienso en el tu bien.

BALBINA

Sí, sí; eres muy bueno.

JULIÁN

Como tú.

BALBINA

No; más, mucho más, aunque vuelvas a enfadate.

JULIÁN

(Festivo.) ¿Enfadéme yo? ¿Y contigo? ¡Cosa más rara! Pero si ello fué así, ahora no me convién enfadame. Ya sabes lo que quiero, pa que el trabajo me sea menos penoso.

BALBINA

Lo que yo te doy de muy buena gana. *(Le besa. Julián, sin desprenderse del rozón, corresponde a Balbina besándola y abrazándola.)*

ESCENA II

DICHOS y ANGEL; después, ISIDRO

ANGEL

(Entra sin ser advertido, y queda cerca de la puerta; parece querer reprimir la fuerza interior que le impele a arremeter, celoso, contra los dos cónyuges, que siguen en sus cariñosas demostraciones. Al fin, con irónica calma, cruzándose de brazos, emite su voz ronca, hiriente.) Veo que convertís en espectáculo lo que debe ser un acto íntimo.

JULIÁN

(Que habrá dejado a Balbina tan pronto como oiga la voz de Angel, mostrándose, al igual que su mujer, en actitud de vergüenza.) Yo, Angel, pienso que no estábamos haciendo nada malo.

ANGEL

¡Hombre!... Muchos actos y funciones de la vida, no sólo no son malos, sino que son naturales; pero la buena crianza y otras razones ordenan al individuo que se guarde para realizarlos.

JULIÁN

Pensaba que como estaba en mi casa...

ANGEL

Sí, hombre; estabas en tu casa... *(Excitándose.)* ¡Estabas en tu casa!... ¡Yo no he de negártelo!... Pero precisamente porque yo soy aquí un extraño —¡un remiendo mal pegado!—debías saber que el amo soy yo en tanto que no me echéis... ¡Ah! Esto sería así de no tratarse de un idiota como tú.

JULIÁN

Bueno; tú siempre has de tener razón, y talmente paez que siempre andas buscando guerra, cuando nadie tien ganas de reñir contigo.

ANGEL

Lo que no impide que me eches en cara que tú eres el amo de esta casa... ¡Vaya! Que tú no tengas ciertos alcances y delicadezas, aún puede pasar; mas resulta inexplicable que esa,tu mujer, sea tan... (*Se detiene como dudando de soltar el calificativo despectivo que hace sospechar el tono de sus palabras.*)

JULIÁN

(*Irguiéndose desafiador.*) Tan... ¿qué?... ¡Dilo, si te atreves!

ANGEL

(*Sonriendo irónicamente.*) ¡Ah! ¿Te sientes desafiador? Pues échate de cuenta que es una de mis fugas mentales. Así, pues, dalo por dicho.

JULIÁN

(*Enarbolando el rozón y disponiéndose a acometer a Angel.*) Y tú date por muerto.

BALBINA

(*Llorando y sujetando a Julián.*) ¡Por Dios, Julián, déjalo! ¡Mira que te lo pido yo!

ANGEL

(*Que ha sacado rápidamente una pistola y se ha apercibido a la defensa.*) No le contengas, mujer; suelta esa fiera, a ver lo que hace.

JULIÁN

(*Reparando en la actitud de su hermano y deponiendo su agresividad.*) ¡Ah! Pero ¿qué íbamos a hacer? (*Llora.*)

ANGEL

Nada, por lo visto; así, llora, que las lágrimas femeninas son las que te cuadran bien.

BALBINA

¡Por caridá, Angel, déjanos tranquilos, no seas malo!

ANGEL

(Con risa nerviosa.) ¿Pides la calma tras de haber desencadenado la tormenta? ¡Ah, hipócrita!

JULIÁN

(Volviendo a enarbolar el rozón, y mostrando una ciega acometividad irresistible.) ¡Basta, basta ya!

BALBINA

(Abrazándose al cuello de Julián.) ¡Por mí, por mí y por los hijos, Julián, no le acometas!

(Julián, en vista de que no puede desprenderse de Balbina, inicia el avance aún a trueque de arrollarla.)

ANGEL

(Apuntando con la pistola a Julián, y con calma siniestra.) Un paso más, y te atravieso de un balazo.

(Julián se dispone a seguir avanzando; pero en aquel momento entra su padre, que se interpone entre los dos hermanos, y, a su voz, éstos van deponiendo su actitud belicosa.)

ISIDRO

Pero, ¿volvisteisvos locos? ¿O es el diablo, que quier ver cómo vos matáis? ¡Acordavos de la difunta, de vuestra madre!... *(Viéndolos aplacados.)* Así, en paz, como hermanos que sois, así vos quiero ver siempre. Y ahora deciime qué mala idea o qué

mala tentación vos hizo perder de ese modo la cabeza.

ANGEL

Yo no tengo nada que decir. El es quien debe rendir cuentas. (*Vase.*)

ESCENA III

BALBINA, JULIÁN E ISIDRO

JULIAN

Nada más me faltaba eso: que me echase a mí la culpa de todo.

ISIDRO

Pero, ¿qué pasó, hombre?

JULIAN

Pues que subí a despedime de ésta, y, ya ve, cosas que tien uno, encontrónos besándonos, y empezó a decinos pestes, como si no pudiésemos hacer eso...

ISIDRO

¡Sí que tenéis cosas!...

JULIAN

Yo, la verdá, por mí no hubiese respondío ni palabra; pero al ver que trataba mal a Balbina, irritóseme y cegóme la sangre, y no ví ni pensé nada, como no fuese el matalo...

BALBINA

No sé, no sé cómo pudo pasar eso.

ISIDRO

Verdaderamente, Angel no tenía motivos pa enfadase, por más que bien podíais esperar a otra hora y a estar en otro sitio pa arrullavos como dos palombos; pero ya sabéis los caprichos y rarezas de él.

JULIÁN

Pues lo mejor—y así está todo arreglao—, lo mejor es que Angel se vaya con las sus peluconas a otra parte; y si él no se marcha de por sí, ya se lo diré yo.

ISIDRO

¿Fijástete bien en lo que dijiste, Julián?

JULIÁN

Sí, padre, y tanto, que si él no sal de aquí, marcho yo con Balbina y los neños. Nada tengo, es verdá; pero mal me ha de ir pa que con estas manos no arranque el pan pa nosotros.

ISIDRO

No te dejes llevar del genio, Julián, que a veces no nos deja ver, como tú sabes, y puede dar con nosotros en un despeñadero. ¡Ten por el genio, Julián!

JULIÁN

Todo me paez que debe preferise a esta guerra del demonio. No; no aguanto más. Ya lo sabe: o él, o nosotros.

ISIDRO

Pero ven a acá, hombre: ¿no dijiste que por tí no hubieses contestao nada, ni nada hubiese pasao; pero que fué por Balbina por quien saltaste?

JULIÁN

Y vuelvo a decilo.

ISIDRO

Pues, según eso, estarás conforme con la determinación de la tu mujer. Habla tú, Balbina.

BALBINA

Yo no sé qué decir... Si no estoy loca, poco me falta.

JULIÁN

Ya ve que ella paez pensar como yo.

BALBINA

No, Julián; repara en que no lo vamos a echar de casa como a un perro rabioso; ten en cuenta que se trata del tu hermano, y que está muy delicao; fíjate, además, que con nadie cuenta en el mundo, más que con nosotros... ¡Hay que tener caridá!

ISIDRO

La voz de Dios paez que salió de la tu boca, mujer. ¿Qué dices tú ahora, Julián?

JULIÁN

Ya que paeció ser la voz de Dios, hágase su santa voluntá... Pero no sé, padre, si tendré paciencia pa volver a aguantalo.

ISIDRO

Por si acaso, iré a hablar con don Manuel pa ver si quier venir a amansalo, que sí lo amansará. De modo, que puedes marchar tranquilo a arreglar esos matos. Anda; voy contigo hasta la escuela.

JULIÁN

Hasta después, Balbina.

BALBINA

Adiós, Julián.
(Vanse los dos hombres.)

ESCENA IV

ANGEL Y BALBINA

ANGEL

Vengo a implorar tu perdón.

BALBINA

Vienes a pedir lo que a la fuerza te tendría que dar.

ANGEL

Eso, no; en mis brazos te he tenido; pero no son a modo de cadena que te impida ahora obrar libremente. Júzgame, por consiguiente, sin temor a nada.

BALBINA

Pecadores somos los dos, y nadie más que Dios puede juzganos.

ANGEL

No obstante, yo preciso oir de tu boca el fallo a que me he hecho acreedor hace un momento.

BALBINA

¡Si con oilo tú se adelantara algo!

ANGEL

Tienes razón. Por fundadas que sean las consideraciones que se me hagan, por nobles y firmes que sean mis determinaciones, hay a veces algo, superior a mis fuerzas, que me obliga imperiosamente a desoir razones y a quebrantar serios propósitos.

BALBINA

Tanto, que paez que tienes empeño en traer la desgracia a todos los de esta casa.

ANGEL

No soy yo, Balbina...

BALBINA

Entonces, será el diablo, que te mueve.

ANGEL

Tal vez... Pero yo creo que es la voz del pasado resonando en mi corazón... La voz que si parece en realidad hacernos respetar a la hermana de sangre, ya no tiene la misma eficacia cuando se trata de una cuñada... Y esa misma voz me habla de que mi mujer sea mía, ¡sólo mía!

BALBINA

Mal puedo yo ser tu mujer...

ANGEL

En mi corazón sí lo eres.

BALBINA

Bien sabes tú que eso no basta.

ANGEL

En efecto... La ley te obliga a ser de otro hombre... Sólo que yo, atropellando esa ley, desoyendo otra ley más poderosa, cual es la del respeto y lealtad a mi hermano, llevado de la fuerza incontrastable del amor o del instinto ciego y brutal que conduce a la renovación a todos los seres, yo te he hecho mía, y me rebelo con sólo sospecharte en los brazos de otro hombre.

BALBINA

Ayer mismo me hablaste de otro modo; acuérdate que me dijiste: «¡Bah! No debe remordenos la conciencia, pues Julián, ignorante de todo, sigue

siendo tan feliz, y ya nos cuidaremos de que nada sepa.»

ANGEL

He ahí los subterfugios que a veces usa la pasión... Pero la realidad me muestra a mi hermano como un enemigo...

BALBINA

¡El, que no tien ninguno!

ANGEL

¡Pues ya ves a quién ha llegado a tener como tal, a mí, a su hermano!... ¡Es el resultado de mi error!... Porque si yo me hubiese preocupado de hallar una esposa, si yo la hubiese logrado, me encontraría preservado de esta monstruosidad.

BALBINA

¡Qué pena!

ANGEL

Y lo cierto es—con tu perdón sea dicho—que sólo fuí a la mujer como a un restorán... ¡Esto sí que resulta triste! Es el impulso grosero, que no sabe lo que deja tras sí... Tal vez yo me haya cruzado en la calle con mi hijo, sin conocernos, sin yo saber siquiera que lo tenía... He ahí una corriente contraria a la organización y formas de la sociedad y que se muestra triunfante .. Pero, en cambio, la ley de los hombres impide que de derecho seas mía.

BALBINA

Porque es imposible.

ANGEL

Acaso por eso llegué a tener verdaderos deseos de matar a mi hermano...

BALBINA

Métesme miedo, Angel.

ANGEL

Pero no temas; al fin se impone la razón, que me dice que tengo forzosamente que admitir y resignarme a la realidad, por dolorosa que me resulte; que lo contrario, sería locura o suicidio, sería el verdadero modo de engañarme... Así, pues, sabré acallar la voz de mi amor.

BALBINA

Que Dios te oiga; mas figúraseme que ello no va a poder ser así.

ANGEL

Te he dicho que sabré dominarme.

BALBINA

¿Y por qué no te dominaste cuando diste conmigo en el mal? ¡Ay, Angel! Aunque el pecao no se sepa—y yo creo que sí, pues paez que yo misma lo digo sin poder remedialo—, nada más que con pensar que puede sabese, tengo bastante castigo. Además, viendo engañao a un hombre tan bueno y tan cariñoso como Julián, muérome de pena.

ANGEL

Calla; no hables así, que me haces daño... ¿Es que estás arrepentida?

BALBIÑA

No lo sé... No sé nada más que es tan grande la mi pena, que no pude pasar sin confesala a don Rodrigo.

ANGEL

¡Oh, qué torpeza tan grande! ¿Que has resuelto, dí, con esa confesión?

BALBINA

No me hagas sufrir más, Angel... Déjame... Dé-

jame ir a ver si el mi pecho se alivia con el aire libre, pues talmente paez que me ahogo... *(Vase.)*

ESCENA V

ANGEL Y DON RODRIGO

DON RODRIGO

¿Cómo va ese valor, querido D. Angel?

ANGEL

(Con fingida afectuosidad y al propio tiempo que estrecha la mano del sacerdote.) Perfectamente.

DON RODRIGO

No sabe cuánto me alegro.

ANGEL

Y usted no sabe cuánto le agradezco su interés.

DON RODRIGO

Pues pasaba por aquí de paseo, y me dije: «¡Caramba! Hace mucho tiempo que estoy en deuda con mi querido D. Angel. Subo, pues, a hacerle una visita».

ANGEL

El deudor, en ese caso, sería yo, pues me parece que la última vez hizo usted de visitante.

DON RODRIGO

Ciertamente; pero dado el terreno a que llegó en aquella coyuntura nuestra charla, era deber mío dar ejemplo de humildad haciendo ver a usted que profeso la doctrina del perdón, ya sea ofensor u ofen-

dido; sólo que no pude realizar mi deseo por las mil ocupaciones que he tenido estos tiempos.

ANGEL

Muy reconocido a su benevolencia, D. Rodrigo. Pero, dígame: ¿tanto trabajo da el atender esta parroquia?

DON RODRIGO

No es que los deberes anejos a mi cargo me lleven mucho tiempo, si no que ahora me he visto en la seria preocupación de tener que efectuar importantes e inaplazables reformas en la iglesia, y, claro está, tuve que estar arbitrando recursos.

ANGEL

¡Ah!

DON RODRIGO

Por cierto que no he logrado, ni con mucho, cubrir el presupuesto.

ANGEL

Yo creí que aquí había más fervor religioso.

DON RODRIGO

Eso, gracias a Díos, no falta; pero sí el dinero. Usted ya sabe cuántas son las atenciones ineludibles de estos campesinos y qué menguados sus recursos. De modo, que yo pido al Señor que infunda fe en las almas de aquellos que pueden socorrer con su valioso óbolo a la Iglesia, evitando de paso el mal ejemplo, además de la intranquilidad de los fieles. Porque yo no pierdo nunca la esperanza, ¡nunca!

ANGEL

Créame que alabo y envidio ese optimismo.

DON RODRIGO

Es que la fe me hace ver cómo el Señor suele de-

rramar la gracia en los corazones empedernidos por el descreimiento, ablandándolos cual lluvia milagrosa. La proximidad de la muerte, un grave pecado, cualquier acontecimiento de la vida, pueden ser punto de arranque para que la abjuración se realice.

ANGEL

Pero a veces se da el caso de que esa abjuración sea aparente, sólo con el fin de evitar un grave daño.

DON RODRIGO

Sin embargo, principio quieren las cosas.

ANGEL

¿Y no temblaría su mano al esgrimir cierta clase de armas para lograr ese principio, esa abjuración aparente?

DON RODRIGO

Mi mano, en servicio de mi ministerio, no tiembla jamás.

ANGEL

Es usted admirable, tanto, que, sin duda, debido a su tesón, sobre mi alma endurecida ha caído el agua milagrosa, ablandándola en el sentido de impulsarme a cubrir ese presupuesto de que usted me habló.

DON RODRIGO

Pero, ¿no se burla usted?

ANGEL

Bien sabe usted que no.

DON RODRIGO

No; yo no lo sé, y le agradecería que me lo explicase.

ANGEL

Como de origen divino, no podría explicarse el fenómeno. Otras cosas más bajas no obtienen nuestra explicación, tal, por ejemplo, el hecho de que se piense pegar cinco tiros a una persona, y, por el contrario, se le den cinco duros. Dejemos, pues, el misterio, y dígame qué cantidad precisa.

DON RODRIGO

Si a usted no le pareciera mucho, le diría que tres mil reales.

ANGEL

(*Extrayendo de su cartera un billete y entregándoselo.)* Ahí van cuatro mil.

DON RODRIGO

Gracias, un millón de gracias.

ANGEL

De nada... ¡Ah! Deseo siempre que mis donativos no sean hechos públicos.

DON RODRIGO

Es una máxima evangélica... Pero, aunque yo no lo diga, se sospechará.

ANGEL

Me basta con su promesa formal de que no se sabrá por usted.

DON RODRIGO

Prometido.

ANGEL

Bien. Ahora le suplico que me deje; tengo que escribir unas cartas.

DON RODRIGO

¡Pues no faltaba más! Le reitero las más sinceras y efusivas gracias. Adiós. (*Se dan la mano. Vase D. Rodrigo.)*

ESCENA VI

ANGEL Y BALBINA

BALBINA

Ví salir de aquí a D. Rodrigo, y vengo a enterame de si te pasó algo con él.

ANGEL

Unicamente, que le dí mil pesetas para no sé qué obras de la iglesia.

BALBINA

(*Extrañada.*) ¿Hiciste tú eso?

ANGEL

Sí, mujer.

BALBINA

Pero, ¿cómo?

ANGEL

Dándoselas.

BALBINA

Eso ya se sabe; pero pregúntote por qué motivos cambiaste así.

ANGEL

Porque tú pusiste un arma poderosa en sus manos, y la esgrimía con cautela, sin descubrirse.

BALBINA

Paezme mentira.

ANGEL

Y, sin embargo, es verdad.

ESCENA VII

DICHOS y CARMINA

CARMINA

Tengo, mi ama, que pedile un favor.

BALBINA

Tú dirás, Carmina.

CARMINA

Pues que mañana es la fiesta de la mi parroquia, y no quiero perdela.

BALBINA

Siéntolo mucho; pero la verdá es que mañana hay mucho que hacer, y no puedo dejate ir.

CARMINA

¿Y he de faltar yo a comer «les fabes» en mi casa, y a la misa y a la procesión de la mi santina, y a bailar con el mi rapaz? No; eso sí que no.

BALBINA

Pero cuando no se puede, hay que sacrificase. ¡Qué más quisiera yo que vete marchar alegre!

CARMINA

(*Insolentándose.*) Pues yo he de ir.

BALBINA

(Enojada.) Ya te dije dos veces que no puede ser.

CARMINA

(Con reticencia.) Otras cosas peores paecen que no pueden ser, y son.

BALBINA

(*Sin haberse dado cuenta de la intención de su criada.*) Allá tú, mujer; pero ya verás lo que haces; avisada ya estás.

CARMINA

(*Subiendo de grado en su insolencia.*) Paez que usté me amenaza.

BALBINA

No hago más que avisate.

CARMINA

Pero quier decir que si voy a la fiesta échame de casa.

BALBINA

Cuando tú lo piensas será porque lo encuentras en razón.

CARMINA

(*Subrayando la reticencia.*) Eso sería si usté saliese ganando con ello.

BALBINA

(*Todavía sin darse cuenta de aquella intención.*) No creo que tampoco pierda.

CARMINA

¡Quién sabe!...

ANGEL

(*Que ha seguido el diálogo como conteniéndose a duras penas, aunque dispuesto a cortarlo tan pronto como las reticencias de Carmina fuesen a traducirse al lenguaje llano; pero creyéndose ahora en el caso de intervenir.*) Por sí o por no, déjala ir, Balbina.

BALBINA

(*Comprendiendo súbitamente ante la actitud de Angel.*) Que haga lo que le paezca, ya que serás tú el que se entienda con tu padre.

CARMINA

Ya ve, mi ama, cómo se llega a ponese en razón.

ANGEL

(*Con fingida complacencia.*) ¡Claro! No habría cocinera que acertase con mi gusto como tú.

CARMINA

Por eso me tien dao algunas propinas; pero no tanto como a Luis.

ANGEL

Sería porque yo no llevaba la cuenta.

CARMINA

De modo, que ahora de seguro pensará regalame unos pendientes como los del ama, de esos que rellumbran tanto y que tan majos son.

ANGEL

Los tendrás.

CARMINA

(*Alborozada y como pagando el obsequio.*) Pues si buena fuí hasta aquí, con más razón lo seré después.

ANGEL

Y yo gozo premiando tanta bondad. (*Dándola un billete.*) Y ahí van cinco duros para que lleves algo a tus padres y para que compres los perdones en la romería.

CARMINA

¡Si no hay casa como ésta! No; ya tendré yo buen cuidao de conservala. (*Vase.*)

ESCENA VIII

ANGEL Y BALBINA

ANGEL

Debemos oler a difuntos, cuando así vienen los cuervos, esas aves odiosas y macabras, a cebarse en nosotros.

BALBINA

¡Qué más muertos podemos estar pa ellos!

ANGEL

Y yo los soporté con resignación de penitente o con egoísmo de enamorado.

BALBINA

Nunca pude pensar que fuesen así y que los aguantases con esa calma.

ANGEL

Pero ahora siento que todo mi cuerpo, animado de una fuerza interior, vibra y cruge, se estremece en ansias de aplastar a esos dos miserables...

BALBINA

Sí que obraron bien mal.

ANGEL

Y seguramente que pensarán en volver, ignorantes de que, si eso llegase, mis manos se aferrarían a sus cuellos, como deseando hacerles sacar sus lenguas para arrancárselas, a fin de no volver a oir sus voces... Porque, tenlo por seguro, más tarde o más temprano, más encubierta o más descaradamente, darían al viento el secreto, a pesar

de nuestras dádivas y obedeciendo a su espíritu malvado.

BALBINA

(*Rompiendo a llorar.*) ¡Qué vergüenza y qué pena tan grandes!... Pero, Dios mío, ¿no ves la honradez de mi intención?... ¡Ay! ¡Es que hice lo que no debe hacese por nada ni por nadie!

ANGEL

Déjate de lamentaciones... Hay que dar serenamente cara a la situación... Esos miserables sólo han influído para que aceleremos los hechos, según me lo dice la agitacion que viene sufriendo mi alma.

BALBINA

Ya no podemos hacer nada... (*Con desesperación.*) ¡Estamos perdíos!

ANGEL

No; eso no... Un triste y doloroso presentimiento, el temor de que mi amor no pesase sobre tí con suficiente dominio, me hizo no querer ver, por miedo a que lo rechazases, un medio salvador. Pero ha llegado el trance decisivo. Triunfante en mi corazón y sometida por la ley a otro hombre, ¿por qué no sustraernos al influjo de esa ley?

BALBINA

No sé lo que quiés decir.

ANGEL

Yo soy muy rico, más de lo que vosotros creéis: tengo diez millones de pesetas... ¿Por qué, pues, no irnos a un hermoso y lejano país, dejando a los de casa una fuerte cantidad de dinero?

BALBINA

¡No, por Dios!

ANGEL

Tendrías vestidos lujosos, joyas a granel, automóviles, un tropel de criados... Visitaríamos pueblos deliciosos, de cielo azul y clima agradable... Iríamos a los espectáculos más sugestivos... Y yo sería el marido cariñoso y obediente, anheloso de saber y de adivinar tus gustos para satisfacerlos...

BALBINA

Todo eso no bastaría a matar la pena de estar lejos de aquí. ¡Tener que dejar todo esto pa siempre! ¿Y piensas que tengo corazón pa dejar a los hijos?

ANGEL

Llevándolos con nosotros queda salvado ese inconveniente.

BALBINA

(*Con amarga ironía.*) Pero eso estaría bien llevando con ellos a Julián.

ANGEL

Julián no es un niño, y, consolado con las ideas de mi padre, terminaría por mostrarse contento con el dinero que yo les dejara.

BALBINA

¡Qué poco lo conoces o paeces conocelo!

ANGEL

¿Es que tampoco tienes corazón para dejarlo?

BALBINA

No.

ANGEL

¡Ah! Luego era fundado mi triste y doloroso presentimiento. Porque no es la ley la que te impide

ser mía, ¡sólo mía!, sino tu corazón. ¿De tan débil modo influyo yo en él?

BALBINA

Hoy, no sé, nada me puede decir la cabeza; antes, sí; pero a ti queríate de otra manera que a Julián, y yo sin Julián no podría vivir, como él tampoco podría vivir si yo me marchase.

ANGEL

¡Oh! Me ofreciste amor de caridad, como yo he dado dinero a las gentes.

BALBINA

No sé, no sé lo que hice.

ANGEL

Pues yo no te creo, no quiero creerte; porque al renunciar a ti, a la ilusión de tu amor, renunciaría a la vida; sin ningún consuelo, abandonado de la esperanza, falto de todo estímulo, iría fatalmente hacia la muerte.

BALBINA

Todo eso será verdá; pero también es verdá lo que yo dije.

ANGEL

Repara, sin embargo, que tú, como yo, sólo tienes salvación en la huída.

BALBINA

Ya no quiero pensar en nada.

ANGEL

¡No pensar en nada!... ¿Es que has pensado en la muerte?

BALBINA

No sé, no sé... Estoy loca... No sé qué me pasa... (*Vase.*)

ESCENA IX

ANGEL y DON MANUEL

DON MANUEL

¿Qué cuentas, Gelín?

ANGEL

Nada de particular, don Manuel.

DON MANUEL

¿Te sientes bien?

ANGEL

Mejor que nunca.

DON MANUEL

Pues me parece que estás algo nervioso.

ANGEL

Es el nerviosismo producido por la alegría. Cuando el corazón nos dice que todo ha terminado para nosotros, ¿no es para estar contento?

DON MANUEL

Ten voluntad, Angel, ten voluntad para domar la fiera que, tomando diferentes formas, se agita en el alma humana; esa es la suprema valentía. Piensa que cuando creemos matar un dolor, sólo engendramos otro, acaso más grande.

ANGEL

No estoy ahora para filosofías.

DON MANUEL

Quizás estés más que nunca necesitado de ellas,

Bien sabes que la filosofía es el camino que conduce a la verdad.

ANGEL

Sólo la muerte me parece una verdad admisible.

DON MANUEL

De la muerte sabemos menos que de la vida, o lo mismo: ¡nada! A lo sumo, tenemos algunas verdades relativas. Cuando venimos al mundo, solemos lanzar un gemido, como amedrentados de hacer en la vida nuestra aparición. Y ante la visión de la muerte, el terror nos estremece. Sólo que a la vida venimos forzados. No violentemos, pues, la ley que todo lo rige; dejémonos llevar de ella, sin renunciar a sorprender su secreto.

ANGEL

Todo me suena a hueco, a palabras vacías de sentido; nada más que la muerte me parece algo expresivo, atrayente. ¡En último término, cambiemos de postura, a ver si cambiamos de dolor!

ESCENA X

DICHOS y DON RODRIGO

DON RODRIGO

(*Entra jadeante.*) Prepárese, Don Angel, a recibir una mala noticia.

ANGEL

Para todo estoy preparado.

DON RODRIGO

¡Ay! No sabe cuánto siento tener que ser yo el encargado de darle la infausta nueva.

ANGEL

(*Adivinando y descompuesto y anhelante.*) Acabe de una vez.

DON RODRIGO

Pues que Balbina se ha suicidado tirándose por el despeñadero de Peña Blanca.

ANGEL

(*Con supremo interés.*) ¿Pero ha muerto? ¿La vió usted? ¡Hable pronto!

DON RODRIGO

La vi pasar por junto a mi casa corriendo y llorando... Salí con presteza tras de ella .. Cuando iba a darle alcance, y ella ya podía oir mi voz que la aconsejaba, se tiró con loca decisión contra las rocas, desde la mayor altura.

DON MANUEL

¡Eso es horrible!

ANGEL

¿Pero ha muerto? ¿La vió usted muerta? ¡Conteste a esto!

DON RODRIGO

Sí... Corrí por si podía prestarle algún auxilio, y ya sólo necesitaba del perdón de Dios.

ANGEL

Si yo no supiese el camino, ella me lo habría indicado... ¡Sea! (*Saca rápidamente la pistola y se dispara un tiro en la sién. Cae muerto.*)

DON MANUEL

(*Abalanzándose al cadáver.*) ¡Gelín! ¡Gelín!...

DON RODRIGO

Ponga oído a ver si late el corazón.

DON MANUEL

(*Haciendo lo que se le indica.*) ¡Ya se internó en el otro misterio! ¡Pobre Gelín!

DON RODRIGO

¡Se ha cumplido la justicia divina!

(*Don Manuel, con una rodilla en tierra y con la cabeza derrumbada sobre el pecho por el dolor, en tanto que Don Rodrigo, de pie, contempla el cuadro como algo esperado y fatal.*)

TELON

FIN DEL DRAMA

DEL MISMO AUTOR

EN PREPARACIÓN:

ALMAS Y COSTUMBRES

(CUENTOS ASTURIANOS)

PRECIO: 3,00 PESETAS

Anguiano, Impresor, Bola 8, M